

COLECCION

BAZOOKA



GRAF SPEE

S. Darrell

la odisea del
Graf-Spee

5

Pt. 3.

LA ODISEA DEL GRAF-SPEE



EMMI
SCHABRUKER

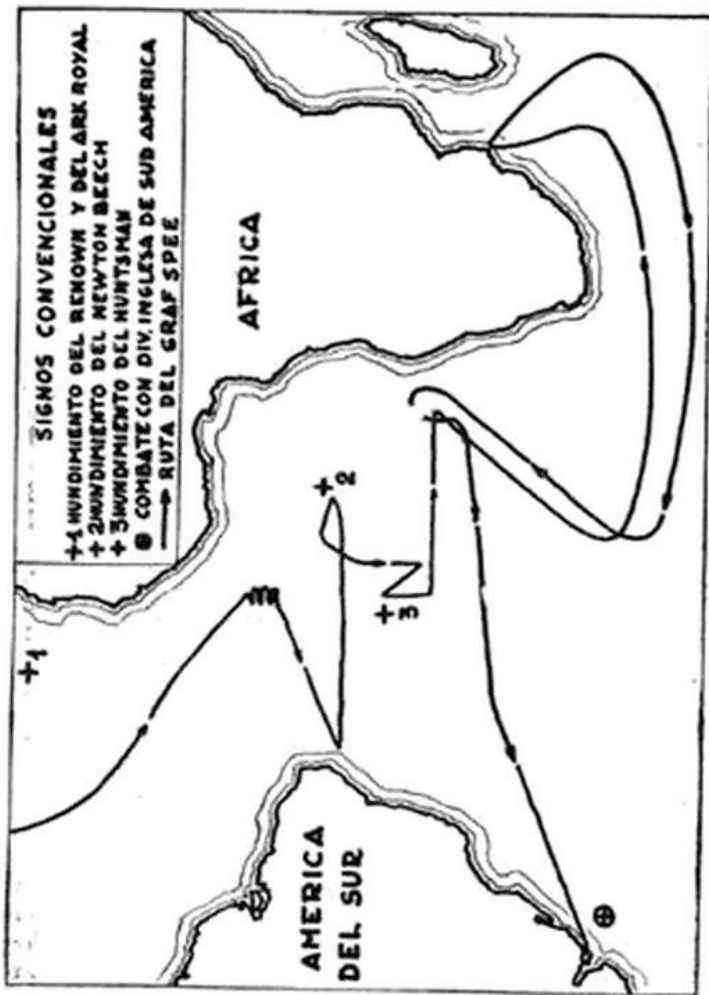
JOSEF BELING

PETER ALBRECHT

Ediciones  Cliper

SIGNOS CONVENCIONALES

- +1 HUNDIMIENTO DEL REMOWIN Y DEL ARK ROYAL
 +2 HUNDIMIENTO DEL NEWTON BEECH
 +3 HUNDIMIENTO DEL HUNTSMAN
 @ COMBATE CON DIV. INGLESA DE SUB AMERICA
 —→ RUTA DEL GRAF SPEE





A MANERA DE PROLOGO

Al estallar la segunda conflagración mundial, la superioridad naval de Inglaterra era manifiesta. Las restricciones impuestas a Alemania por el tratado de Versalles le impidieron la creación de una flota capaz de enfrentarse a la inglesa con probabilidades de éxito. Y si bien a raíz del acuerdo naval concertado entre ambas potencias en 1935, Alemania dio un gran impulso a la construcción de unidades de batalla, al estallar el primero de septiembre de 1939 la guerra, Gran Bretaña seguía detentando el cetro en todos los mares.

Alemania, aleccionada en la anterior contienda, se preparó para combatir el poderío inglés en el mar mediante el arma submarina, que estuvo a punto de producir un espantoso colapso en el tráfico aliado, y los buques corsarios que, la mayoría de ellos, asestaban duros golpes que Inglaterra evidentemente; acusaba.

Corsarios los ha habido en todos los tiempos, y no existe nación que no se haya servido de ellos en alguna época. Generalmente los han utilizado los países que en un momento determinado no poseían el dominio del mar, o bien sus escuadras eran manifiestamente inferiores en número y potencia a las de sus enemigos. Su finalidad se concreta a operar en zonas excéntricas a las dominadas por las flotas contrarias, a la caza de barcos aislados o grupos de ellos sin la suficiente protección. Sus principales armas son la sorpresa, la astucia, el enmascaramiento y la velocidad, y su táctica cambiar constantemente de lugar y situación a fin de evitar ser localizados y perseguidos.

Alemania se sirvió de corsarios en las dos guerras mundiales, y utilizó para ello indistintamente barcos de guerra o simples mercantes armados para tal fin. Entre los primeros cabe mencionar

a los acorazados de bolsillo «Lutzow» y «Admiral Scheer». El Lutzow efectuó varios cruceros, hundiendo docenas de barcos mercantes y pudiendo regresar por fin a Alemania. El segundo operó en el Atlántico Norte y Sur en 1940 y regresó también después de hundir un crucero auxiliar inglés y

152 000

toneladas mercantes, de las cuales

86 000

correspondían a un convoy que quedó totalmente aniquilado. Pero el que más llamó la atención del mundo fue sin duda el también acorazado de bolsillo, gemelo de los otros dos, «Admiral Graft-Spee», que después de tener durante varios meses en continua zozobra a muchas unidades de guerra aliadas, fue al fin tragado por las aguas del estuario del mar del Plata el 17 de diciembre de 1939.

CAPÍTULO PRIMERO

LA PARTIDA

El puerto militar de Wilhelmshaven, importante base naval alemana, estaba viviendo días muy agitados. Varios barcos de guerra, de tipo y tonelaje diversos, se hallaban fondeados en sus aguas, y en ellos, en los distintos muelles y almacenes de la base, así como en los servicios de la misma, podía apreciarse una actividad desacostumbrada. Entre todos los buques llamaba poderosamente la atención, por el interés que se le prestaba, el que cualquier técnico hubiera reconocido enseguida como uno de los tres acorazados de bolsillo con que contaba en aquel entonces la marina del III Reich; concretamente, el «Admiral Graft-Spee».

Evidentemente se estaba procediendo al abastecimiento, equipo y preparación del barco para que pudiera hacerse a la mar en breve plazo, y el chirrido de las grúas de carga se entremezclaba con el de las vagonetas del puerto, en constante movimiento, y las voces de mando de los oficiales.

Era el 23 de agosto de 1939 y hacía ya cerca de una semana que el acorazado era cuidadosamente atendido por la totalidad de su dotación y por gran parte del personal de la base. Pero a la caída de la tarde de aquel mismo día se puso punto final al trabajo, la tripulación del «Graft-Spee» subió a bordo, los hombres de tierra descendieron a los muelles y el buque quedó preparado y dispuesto para llevar anclas tan pronto fuera ordenado.

No obstante, una hora después, cuando el sol comenzaba a declinar sobre el horizonte, dos hombres bajaron a tierra, y después de cruzar la explanada del puerto, abandonaron la base. Subieron a

un pequeño «Mercedes» aparcado junto a los muros exteriores, que no tardó en ponerse en marcha. Después de cruzar diversas calles de la ciudad, el coche enfocó una ancha carretera bordeada de altos y corpulentos árboles a través de los cuales se filtraban las primeras luces del crepúsculo. Ambos hombres permanecían silenciosos, atento uno a la conducción del automóvil y ensimismado el otro en sus pensamientos.

—¿Tienes un cigarrillo, Josef? —preguntó el que conducía.

El llamado Josef extrajo de un bolsillo interior una lujosa pitillera que alargó a su compañero después de abrirla. A continuación tomó él también un cigarrillo, del que aspiró una profunda bocanada.

—Creo que tienes razón —dijo al fin—. Es muy extraño. Jamás en los años que llevo en la Marina he visto aprovisionar un buque hasta tal extremo y con tanta profusión de detalles. Ni en tiempo de maniobras hemos llevado nunca tal cantidad de obuses y torpedos, y si añadimos que nadie, excepto Langdoff, sabe a dónde vamos, empiezo a sospechar que en todo esto hay gato encerrado, un gato de finos dientes y aceradas uñas.

—Josef —dijo el otro—. Desde hace muchos meses en Europa se respira una atmósfera enrarecida. Por ello y por otros factores no me extrañaría que antes de mucho...

—¿Qué?

—Nada, dejémoslo.

Josef se arrellanó en su asiento, y echándose la gorra hacia atrás cuanto pudo, exclamó:

—Concluiré por ti... antes de mucho el

«Graft-Spee»

andaré de caza por el Atlántico.

Su compañero le miró un momento de reojo, volviendo enseguida a enfrascarse en las maniobras del coche, que, lanzado a considerable velocidad, iba devorando kilómetro tras kilómetro.

Minutos después el «Mercedes» abandonaba la carretera para tomar un estrecho camino que serpenteaba a través de un pequeño bosque, deteniéndose junto a una soberbia mansión por cuyos muros trepaban gran cantidad de hiedras y enredaderas.

—Quisiera que me hicieras un favor —dijo, antes de abandonar el coche, el que se hallaba al volante.

—Tú dirás, Peter —dijo a su vez Josef.

—Te agradecería que en presencia de Emmi no dijeras una sola palabra de lo que supones. Ella cree que nuestra marcha es una de tantas, algo más larga tal vez, pero sin importancia. Deseo que lo siga creyendo así.

—Descuida, no diré nada.

Peter pulsó el timbre de llamada, abriéndose acto seguido la puerta, por la que penetraron ambos.

—Buenas tardes, señora Schabrucker —saludó Peter—. Josef y yo venimos a despedirnos de ustedes. Nos vamos esta misma noche.

—¿Otra vez? —preguntó, asombrada, la señora Schabrucker—. Pero si aún no hace quince días que llegasteis. Está visto que los marinos habéis de pasaros la vida en el agua. ¡Qué profesión, Dios mío! Harold hacía lo mismo; hoy estaba en casa y, de repente, se marchaba para volver a aparecer inesperadamente. En fin, pasad a la sala. Enseguida llamo a Emmi.

Peter y Josef vieron desaparecer a la madre de Emmi y reaparecer poco después en compañía de su hija, una muchacha que frisaría los dieciocho años, acentuadamente morena, de cabello negro azabache y ojos igualmente negros y brillantes. Su estatura era más que mediana, y su cuerpo, en general, no distaba mucho de la perfección.

Ambos hombres se levantaron, y Josef, torciendo la boca, como deseando que sus palabras fueran tan sólo recogidas por su amigo, dijo:

—Te felicito efusivamente. Emmi está cada día más guapa. Es una verdadera preciosidad.

Peter dio un «cariñoso» codazo a su amigo, obligándole a palparse insistentemente la boca del estómago, y avanzó hacia las dos mujeres.

Emmi permanecía quieta, callada, con la mirada fija en Peter, que, una vez a su lado, le tomó las manos entre las suyas.

—Emmi, zarpamos dentro de unas horas. Los acontecimientos se han adelantado y Josef y yo hemos pasado nuestros apuros para poder venir a despediros.

La muchacha seguía silenciosa.

—De todos modos —prosiguió él— espero estar de regreso antes de un par de semanas. Sé que nunca te acostumbrarás a ello, pero

bien a pesar mío, no es posible hacer otra cosa. Sabes que lo siento tanto como tú o tal vez más.

—¿Adónde vais? —preguntó por fin Emmi.

Peter carraspeó involuntariamente, y humedeciéndose los labios, dijo:

—A ciencia cierta no lo sabemos aún, pero al parecer vamos de maniobras al Atlántico norte, junto a las costas de Noruega.

—No, Peter —negó ella—; jamás serás buen mentiroso. No sé por qué, pero hay algo que me dice que esta vez no es como las anteriores, que pasará mucho tiempo hasta que pueda volver a verte.

—Por Dios, Emmi —protestó él—; hablas como si algo malo fuera a sucederme. El salir de maniobras no entraña peligro alguno...

Josef, que hasta aquel momento había permanecido como simple espectador, interrumpió a su amigo con una carcajada forzada que hizo estremecer a la muchacha.

—¿Supones acaso que vamos a la guerra? —preguntó, cuando la risa hubo muerto en sus labios.

Los ojos de Emmi, fijos y profundos, le obligaron a desviar la vista.

—Yo no he dicho tanto, Josef —aseguró ella, pesando las palabras.

Peter deseaba que la tierra se tragara a su imprudente amigo. Evidentemente había hecho brotar una nueva idea en la mente de la joven.

—Oye, Josef —dijo—. ¿Por qué no pides a la señora Schabrucker que te acabe de enseñar su magnífico invernadero?

—Creo que será lo mejor —dijo su amigo, rascándose la cabeza con el índice de la mano derecha y desapareciendo por la puerta en compañía de la madre de Emmi.

Cuando Peter y la muchacha quedaron solos, se alzó ella cuanto pudo sobre las puntas de sus zapatos y juntó su cara a la de él, al tiempo que le rodeaba el cuello con sus torneados brazos.

—Peter, dime la verdad. ¿Adónde vais?

Él se deshizo del abrazo de Emmi, y dando unos pasos en dirección a la ventana se quedó mirando a través de los cristales. Josef seguía atento las explicaciones que sobre las plantas le iba

dando la señora Schabrucker. La expresión de santa resignación de su amigo le hizo sonreír.

—No puedo decírtelo porque no lo sé. Sólo Langdoff lo sabe —dijo sin volverse—. Me había propuesto, sin embargo, ocultarte lo que yo creo, lo que todos creemos; pero ahora será mejor que lo sepas. Ya veo que sospechas algo.

—¡Claro que lo sospecho! —aseguró ella—. Es más, lo sé. Desde hace varios días he venido observándoos a ti y a Josef, he captado muchas de vuestras palabras que creíais que para mí no tenían significado...

—Bien —atajó Peter—. La creencia general es que la guerra no tardará en estallar y que el «Graft-Spee» se hace ahora a la mar para encontrarse en el teatro de operaciones cuando tal cosa ocurra. Es posible que nos equivoquemos, pero me extrañaría mucho.

Un gran silencio se hizo tras las palabras de Peter. Sólo el son acompasado de un reloj sobre la chimenea turbaba la quietud del ambiente.

—¡La guerra! —exclamó Emmi, dejándose caer lentamente en una butaca. Sus mejillas estaban intensamente pálidas y sus ojos perdidos en un punto leí infinito.

—Sí, la guerra —afirmó él—. Es una suposición, pero fundada. Durante varios días hemos estado preparando el barco para una larga travesía. Los servicios médicos han revisado uno por uno a todos los hombres de la dotación, dando de baja a muchos por indisposiciones pasajeras que en otras circunstancias no se hubieran tenido en cuenta. Hemos embarcado gran cantidad de obuses y proyectiles de todas clases, incluyendo varias docenas de torpedos. Las bodegas están llenas de harina y víveres de todas clases y los tanques repletos de agua a rebosar, y por si esto fuera poco, ayer Langdoff estuvo varias horas encerrado en su cámara conversando con tres altos jefes de la flota. Todo esto sólo tiene una explicación. Todo ha sido dispuesto para un fin determinado y por una razón concreta y grave: la guerra.

—Rogaré a Dios para que te equivoques, Peter —dijo Emmi con voz apenas perceptible.

—Hazlo, sí. Sólo Él puede impedir lo que no quieren evitar los hombres.

La muchacha se levantó, y acercándose a Peter se refugió en sus

brazos como intentando protegerse de un peligro invisible.

—Tengo miedo —dijo—. Un miedo espantoso. La idea de perderte para siempre se me hace insoportable. Te quiero tanto, Peter, que si algo malo te ocurriera, no me sería posible seguir viviendo.

—No debes preocuparte tanto, Emmi. Aun en el caso de que sucediera lo que todos tememos, no sería obligado por ello que me ocurriera nada grave. Además, sabiendo que tú me esperas, volveré; no sé cómo ni cuándo ni de qué manera, pero volveré, te lo prometo.

—Gracias, Peter, por darme ánimos. ¡Las mujeres somos tan tontas!

Alzó ella los ojos hasta los de él y sus labios se unieron fuertemente. Segundos después Peter se separó bruscamente y consultó su reloj.

—Debemos irnos, Emmi.

—¿Ya?

—Sí. Langdoff nos ha concedido dos horas y casi ya han transcurrido. Por cierto que me ha encargado os saludara a ti y a tu madre de su parte. Es un gran hombre, y como marino hay pocos que le aventajen. Tiene una seguridad en sí mismo poco común. Estoy satisfecho de estar a sus órdenes.

En aquel momento la señora Schabrucker y Josef regresaban del jardín. La madre de Emmi no podía ocultar la satisfacción que le había producido haber podido mostrar a alguien, extendiéndose en largas explicaciones pseudo-científicas, su extensa colección de plantas y flores. A Peter se le antojó que su amigo estaba totalmente agotado y enfermo.

Ambas mujeres acompañaron a los dos hombres hasta el coche. Emmi, con los ojos anegados en lágrimas, abrazó por última vez a Peter.

—Nunca podré olvidar aquello, Peter —dijo, sollozando—. No podría resistir que se repitiera en ti.

Peter, acusando una intensa palidez, se separó casi a viva fuerza de la muchacha, y después de escuchar pacientemente las últimas recomendaciones de la señora Schabrucker, abrió la portezuela del automóvil y se sentó al volante. Inmediatamente el «Mercedes» se puso en marcha mientras Emmi agitaba débilmente la mano en

señal de despedida.

—No olvides que me has prometido volver —gritó, cuando el coche se hallaba ya a cincuenta metros de ella.

—No lo olvidaré —aseguró Peter, sacando la cabeza por la ventanilla—. Aunque mejor sería no volverte a ver nunca —concluyó musitando entre dientes.

Emmi estaba ya muy lejos y no pudo oír sus últimas palabras, pero Josef sí las oyó, y en su mirada se dieron cita la sorpresa, la incredulidad y el estupor.

CAPÍTULO II

UN «ACORAZADO DE BOLSILLO»

—¿Qué has dicho? —preguntó.

—No, nada.

—Si no he oído mal, acabas de decir que preferirías no regresar nunca. ¿Puedo saber por qué?

—Has entendido mal.

—No, no he entendido mal —aseguró Josef.

—Por favor, cambia el tema.

—A ti, Peter, te pasa algo raro, y no pretendas negármelo. Hace tiempo que me he fijado en ello, y tu proceder carece en muchas ocasiones de lógica. Tienes la novia más bonita en muchas millas a la redonda y que por añadidura es más inteligente que la mayoría de las mujeres, y resulta que en su compañía sueles estar pensativo, frío y malhumorado. ¿Quieres decirme qué te pasa? ¿Acaso no la quieres? Si es así, déjala; pero seguidamente te diré yo que eres completamente idiota.

—La quiero con toda mi alma —aseguró Peter, de manera que a su amigo no le fue posible dudar de sus palabras.

—Entonces, ¿qué te ocurre?

Peter no contestó. Josef se recostó en su asiento y no le pareció prudente insistir más, llegando, no obstante, a la conclusión que era más difícil entender a su amigo que hallar la cuadratura del círculo.

Media hora más tarde el coche se detuvo frente a la entrada principal de la base, y ambos hombres subieron a bordo del acorazado.

A primeras horas de la madrugada, entre chirrido de cadenas y

toques de sirena, fueron soltadas las amarras del buque, que, girando lentamente a babor, enfocó la boca del puerto, desapareciendo poco después tragado por la niebla.

Las primeras luces del alba sorprendieron al acorazado navegando, fuera ya de las aguas jurisdiccionales alemanas, rumbo al Atlántico.

El «Admiral Graft-Spee», era, como ya se ha dicho, un acorazado de bolsillo, que juntamente con el «Lutzow» y «Admiral Scheer», fue construido por Alemania dentro de los estrechos márgenes que le habían sido concedidos por los vencedores de la anterior guerra mundial. Su potencia era inferior a la de la mayoría de los barcos de línea de otras naciones, pero su construcción había sido llevada a cabo con el esmero y cuidados precisos para que su calidad compensara en la medida de lo posible su reducido tonelaje y el calibre inferior de sus cañones, en comparación con otros acorazados. Desplazaba algo más de diez mil toneladas e iba armado con cuatro cañones de 280 milímetros, distribuidos en tres torres, una a proa y dos a popa. Contaba además con cuatro cañones de más de 150 milímetros, ocho tubos lanzatorpedos de 533 milímetros, diversas ametralladoras antiaéreas y cuatro lanzacargas de profundidad. Su velocidad no llegaba a los veinticinco nudos, por lo que en lo tocante a este punto estaba en manifiesta inferioridad con los cruceros de batalla, muchos de ellos mayores y mejor armados. Su dotación la componían mil hombres, incluyendo todos los servicios, y treinta oficiales, sin contar el capitán y el segundo comandante.

Su mando había sido confiado por el Estado Mayor de la flota al capitán de navío Hans Langdoff, excelente marino, procedente de una familia íntimamente vinculada al mar y a la escuadra, y había participado ya en la guerra mundial de 1914 – 18, como simple cadete, en no pocas batallas contra los ingleses. Para mandar el «Graft-Spee» y conducirlo a través del Océano en la difícil misión que le había sido asignada, Langdoff era el hombre indicado.

Entra la oficialidad figuraban como tenientes Peter Albrecht y Josef Baling. El primero de ellos había cumplido los veintisiete años y llevaba cinco de servicio activo en la armada, sin contar, naturalmente, los años de estudios y prácticas transcurridos en la Academia, de la que salió con el grado de alférez. Su primer destino

fue el crucero «Staal» del que fue trasladado, al ascender algún tiempo después, al acorazado «Admiral Graft-Spee».

Carecía de familia. Sus padres murieron siendo aún muy joven y no conservaba de ellos recuerdo alguno. Una fotografía de su madre, de la que jamás se separaba, y un viejo reloj de su padre, constituían la suma de bienes que le fueron legados por sus predecesores. Fue recogido por una tía suya, en cuya compañía transcurrió la mayor parte de su vida, cuidándole con el cariño y solicitud de una auténtica madre y velando sus primeros pasos en la vida. Cuando, bastantes años después, ya en la academia, Peter se enteró de la muerte de la buena mujer, la lloró como si se hubiera tratado del ser que le diera la vida.

Josef Beling era el primogénito de unos ricos industriales de Munich, fabricantes de seda artificial, a quienes no había sido posible disuadir a su hijo del propósito de ser marino. Decía él que la atmósfera de la fábrica lo asfixiaba y que necesitaba las brisas del mar para poder respirar a gusto. La industria familiar podía ser llevada perfectamente por su padre por el momento, y más adelante por sus hermanos, a quienes él hacía graciosamente cesión de la parte que en su día pudiera corresponderle. Sus padres accedieron a sus deseos convencidos de que el choque con la realidad le haría disuadir de sus propósitos. Pero Josef llevaba ya bastantes años en la Marina sin mostrar el más pequeño síntoma de arrepentimiento o cansancio.

Ambos muchachos se habían conocido dos años antes de que el «Admiral Graft-Spee» emprendiera su último crucero, cuando Josef fue destinado al acorazado, y confraternizaron enseguida. Langdoff tenía de ambos un elevado concepto, si bien en alguna ocasión había tenido que reprenderles; a Josef por su desmedida afición a las diversiones, y a Peter por su carácter excesivamente raro, que iba desde la más desenfadada exaltación al abatimiento más absoluto, de la más acentuada alegría al malhumor más incomprensible.

Cuando las primeras luces del alba aparecieron sobre la línea del horizonte el 24 de agosto de 1939, la mole del acorazado alemán iba abriéndose paso en el mar, ajenos la mayoría de sus servidores a que iban a ser en breve protagonistas de una de las más fascinantes aventuras llevadas a cabo en el Atlántico por los marinos alemanes.

CAPÍTULO III

LA PRIMERA PRESA

Peter, asomado a la borda, contemplaba, intrigado, la silueta de un barco mercante, el «Altmark», que desde la salida de Wilhelmshaven iba siguiendo insistentemente la estela dejada por el «Graft-Spee». Evidentemente, el «Altmark» los acompañaba con una misión fija, pero Peter no acertaba a encontrarla. El mercante, aunque armado, poco o nada podía hacer en caso de combate. No era un petrolero, cuya presencia hubiera estado en parte justificada. ¿Qué finalidad tenía?

El 28 de agosto el acorazado llegó a un punto situado aproximadamente entre las islas Canarias y las Bahamas y se aproximó a un barco que al principio todo el mundo creyó japonés, no sólo por particulares detalles de su construcción, sino porque además el mercante se llamaba «Ussukuma». Pero el asombro general creció al punto, cuando la dotación del «Graft-Spee» se percató de que el mercante al que se acercaban rápidamente no era japonés, sino un petrolero alemán disfrazado, del que el acorazado repostó combustible prosiguiendo acto seguido la marcha.

Desde aquel instante Peter no dudó más sobre la misión del buque alemán. Estaba plenamente con vencido de que la guerra no tardaría en estallar; era cuestión de días, tal vez de semanas, pero no podía dejar de llegar. El capitán Langdoff, pese a que sabía que sus hombres conocían ya el secreto, nada dijo. Limitándose a sonreír cuando los ojos de sus oficiales se posaban en él interrogándole.

La respuesta no se hizo esperar. El primero de septiembre,

cuando después de la comida del medio día se hallaba la casi totalidad de la oficialidad reunida en el comedor, un hombre entró precipitado • mente. Peter lo reconoció enseguida como uno de los componentes de los servicios de telegrafía y radio. Llevaba un papel en la mano derecha, y después de saludar al capitán Langdoff, se lo entregó. Éste lo desdobló más lentamente de lo que Peter hubiera deseado, si bien conocía el contenido del parte como si lo hubiera estado leyendo docenas de veces. Langdoff, invitado por sus oficiales, se levantó gravemente.

—Señores —dijo—, por fin van a saber ustedes lo que tantas veces se habrán preguntado y lo que indudablemente la mayoría suponía ya. Hoy, primero de septiembre de 1939, Alemania se halla en guerra con Inglaterra y Francia. La frontera polaca ha sido cruzada por varios puntos en marcha victoriosa sobre Varsovia. Deseo que reúnan lo antes posible a sus hombres a cubierto. He de dirigirles unas palabras.

La mayoría de los oficiales abandonaron la cámara a toda prisa para cumplir lo ordenado. El alboroto era indescriptible. Peter sonreía.

Minutos después la dotación completa del acorazado estaba formada. Langdoff, desde el puesto de mando del puente central, se dirigió a sus hombres en estos términos:

—¡Marinos! Acaba de serme comunicado que el III Reich se halla en guerra con Inglaterra y Francia. Desde hoy nuestra patria comenzará una dura lucha contra sus enemigos, a la que cooperarán todos los alemanes en la medida de sus fuerzas. Poderosas son las potencias contra las que tendremos que luchar, pero mucho mayor es nuestra fe y seguridad en la victoria. Por todo ello, desde este preciso instante el «Admiral Graft-Spee» se convierte en un buque corsario con la concreta misión de cazar y hundir el mayor número de barcos enemigos y dificultar el tráfico por el Atlántico que pueda ir contra los intereses de Alemania. No dudo que por la grandeza de nuestra patria y por el prestigio de la Marina alemana, todos y cada uno de nosotros rendiremos el máximo esfuerzo de que seamos capaces, aunque ello nos conduzca al sacrificio de nuestras vidas. ¡Viva Alemania!

Un grito ensordecedor que brotaba al unísono de las gargantas de mil hombres, se elevó del acorazado, extendiéndose por toda la

superficie del mar.

Desde aquel momento el buque corsario debería navegar con cautela, siempre despierto, manteniéndose escondido entre las olas del Océano, al acecho de su presa. Siempre vigilante, siempre atento a las líneas del horizonte, por donde podían aparecer inesperadamente las siluetas de sus enemigos, el «Graft-Spee» debía navegar por las aguas como corretea el felino por la espesura de la selva, en espera de la víctima propicia que sirviera de blanco a sus cañones.

El trece de septiembre, dos semanas después del comienzo de las hostilidades, el corsario alemán se hallaba situado en una zona sobre el Ecuador, en la demora 200.º de Freetown. Durante catorce días acechó infructuosamente el paso de barcos ingleses, y el veintisiete se dirigió hacia la costa americana, arrumbando en Babia.

El treinta de septiembre, 140 millas al 125.º de Pernambuco, el «Graft-Spee» hizo su primera presa. Sobre las catorce horas del indicado día se hallaba el acorazado alemán navegando paralelamente a las costas de Brasil, cuando se avistaron unos humos en demora 320.º, que fueron señalados enseguida por los servicios de vigilancia. Todos los ojos se volvieron hacia el lugar referido, y pudo comprobarse que, efectivamente, una columna de humo se levantaba hacia el cielo sobre el horizonte, a veintidós millas de distancia. El acorazado maniobró, y poniendo proa al barco localizado, a toda máquina se dirigió a su encuentro. Pronto pudo comprobarse que se trataba de un mercante inglés, de cinco mil toneladas aproximadamente y muy cargado, según indicaba la línea de flotación. Los ingleses, que con toda seguridad no esperaban un encuentro tan desagradable, no identificaron al barco de guerra que navegaba hacia ellos hasta que fue demasiado tarde. Dando marcha atrás a sus máquinas, intentaron maniobrar hacia el Oeste para refugiarse sin duda en algún puerto neutral, pero el «Graft-Spee», mucho más veloz, les cortó con facilidad el rumbo, interceptándoles el camino.

Langdoff ordenó le fuera retransmitido un mensaje ordenándole detenerse y entregarse preso, y poco después el «Clement», que así se llamaba el barco capturado, quedaba totalmente inmóvil sobre las olas. Inmediatamente varias lanchas motoras llenas de marineros

armados y algunos oficiales, entre ellos Peter, llegaban hasta los costados de la nave inglesa y sus ocupantes subían a bordo.

El capitán del «Clement» se bailaba sobre cubierta. La palidez de su semblante contrastaba con su uniforme azul intensamente oscuro. La mayoría de la tripulación estaba situada a sus espaldas y algunos hombres tenían los labios fuertemente cerrados y las manos crispadas. En sus ojos podían leerse con facilidad las más encontradas emociones.

Un teniente alemán se aproximó al capitán del mercante, y saludándole con la mano en la gorra le notificó que desde aquel momento él y sus hombres eran prisioneros de Alemania y que debían prepararse para ser trasladados inmediatamente al «Altmark» en calidad de tales.

Las motoras zarparon de nuevo doblemente cargadas y el «Clement» quedó a merced del acorazado alemán.

Peter se quedó a bordo con algunos marineros, a fin de inspeccionar la carga y apoderarse de la documentación del buque. La primera consistía en una gran cantidad de carne, argentina posiblemente, y en varias toneladas de caucho en bruto que debía haber cargado el «Clement» en algún puerto brasileño. En el camarote del capitán encontró Peter la documentación que buscaba y el diario de navegación, así como otras cosas que mandó coger también por si podían ser de utilidad a Langdoff. Finalmente abandonaron el barco y regresaron al «Graft-Spee».

El buque inglés se mecía suavemente en las olas, recortando su silueta en la línea del horizonte y esperando la llegada del torpedo que había de sepultarlo para siempre en el Océano. Una blanca estela partió del acorazado alemán en dirección al «Clement». Una terrible explosión, que se extendió por toda la superficie del mar, conmovió a la primera presa del corsario, que, herida de muerte, fue inclinándose lentamente a babor para desaparecer quince minutos más tarde bajo las aguas.

El capitán inglés había tenido tiempo de comunicar que caía en las garras de un acorazado corsario alemán y por ello Langdoff estimó prudente cambiar enseguida de escenario. Aquel mismo día puso proa al Atlántico Oriental, arrumbando en Loanda (Angola).

CAPÍTULO IV

EN PLENA CAZA

El hundimiento del «Clement» señaló al Estado Mayor de la flota inglesa la presencia de un corsario alemán en aguas del Atlántico Sur. Como la mayoría de las unidades de combate que Inglaterra poseía en aquella zona eran cruceros ligeros, para quienes el acorazado de bolsillo representaba un serio peligro, se procedió inmediatamente a preparar una fuerza adecuada que, haciéndose rápidamente a la mar, pudiera dar caza al corsario antes de que causara más estragos en el tráfico mercante aliado.

El día dos de octubre de 1939 salió de «Scapa Flow» la llamada fuerza «K» al mando del vicealmirante Wells. Dicha fuerza «K» se componía de las unidades siguientes: el crucero de batalla «Renown», de

32 000

toneladas, con seis cañones de 381 milímetros y doce de 102 milímetros. Además, poseía abundante artillería antiaérea, cuatro aviones de combate y desarrollaba veintiocho nudos y medio de velocidad. El portaaviones «Ark Royal», el más moderno de la flota inglesa, que desplazaba

22 000

toneladas e iba armado con dieciséis cañones de 114 milímetros y varios cañones antiaéreos. Su velocidad alcanzaba los treinta nudos y medio y sus sesenta aviones de los tipos «Swordfish» y «Skua» constituían una fuerza poderosísima. Cuatro destructores de escolta completaban la formación.

La agrupación estaba perfectamente concebida. El «Renown»,

muchísimo más potente que el «Admiral Graft-Spee» y bastante más veloz que él, podría batir con relativa facilidad al acorazado de bolsillo tan pronto fuera puesto dentro del área de alcance de sus cañones. Los aviones del poderoso «Ark Royal» debían barrer el Atlántico hasta localizar al corsario y seguidamente conducir hasta él al «Renown».

La fuerza «K» llegó el doce de octubre a Freetown, cuando el «Graft-Spee» se encontraba en Ascensión, y después de repostar lo que necesitaba, se hizo nuevamente a la mar en dirección a Santa Elena. Durante casi un mes la agrupación inglesa exploró una amplia zona, limitada por el paralelo de Santa Elena, las costas de Liberia y los meridianos 0.º y 20.º de longitud. Los aparatos del portaaviones no se concedían un momento de reposo. Diariamente se efectuaban dos exploraciones, una al amanecer, que terminaba a las diez horas, después de cuatro de vuelo, y otra que comenzaba a las catorce horas para terminar al anochecer. Pero todo fue inútil; el corsario alemán no aparecía.

El único resultado positivo conseguido por la fuerza «K» durante este período, fue la captura de un barco mercante alemán. El cuatro de noviembre un «Swordfish» señaló la presencia de un buque alemán que caminaba rumbo al centro del Atlántico. Se trataba del vapor «Uhenfels», que transportaba a Alemania un rico cargamento de cueros, nueces, almendra de coco y opio, valorado en doscientas cincuenta mil libras esterlinas. Fue apresado y conducido a una base inglesa.

Mientras todo esto ocurría, el «Graft-Spee» había proseguido en sus correrías con singular fortuna.

Después de hundir al «Clement», y cuando, huyendo de una posible trampa, navegaba rumbo a Angola, avistó el cinco de octubre otro mercante inglés, el «Newton Beech», de 4650 toneladas, y, al igual que el ya hundido, fuertemente cargado. Comenzaba a declinar la tarde y las primeras sombras del crepúsculo teñían de negro el Océano. Tan pronto el vapor inglés identificó al corsario alemán, torció el rumbo a babor e intentó alejarse a toda máquina y perderse en la noche. Langdoff se percató enseguida de las intenciones del mercante y ordenó forzar las máquinas para darle alcance antes de que oscureciera del todo. Al «Graft-Spee» le hubiera sido muy fácil hundir al «Newton Beech»

con sus cañones del doscientos ochenta, pero Langdoff no quiso hacerlo, primero porque tenía intención de ahorrar el máximo de proyectiles, ya que su permanencia en el Atlántico iba a ser muy larga y podía necesitarlos a última hora, y en segundo lugar porque ello hubiera significado la muerte de toda la tripulación del buque inglés, cosa que deseaba evitar. De todos modos estaba seguro de que el barco terminaría en su poder y no había necesidad de forzar las cosas.

El «Newton Beech» navegaba a considerable velocidad, y aunque la distancia entre él y el corsario iba acortándose por momentos, cuando llegó la noche entre uno y otro había aún una docena de millas. Por suerte era luna llena, cosa que facilitaba enormemente la persecución del barco inglés, cada vez más próximo. A las tres de la madrugada Langdoff advirtió al capitán del mercante que si en el plazo de quince minutos no se detenía, sería hundido sin más aviso por el acorazado. La amenaza surtió efecto, y momentos después los marinos alemanes subían a bordo ocupando totalmente el buque. Al amanecer la tripulación inglesa fue trasladada al «Altmark», y después de embarcar en el «Newton Beech» una dotación de presa, se hizo acompañar por él, arrumbando en Port Gentil (África Ecuatorial Francesa).

Dos días después apresó al «Ashlea», de 4220 toneladas, cargado de ricas pieles y pescado seco, el cual, torpedeado, se hundió después de trasladar a toda la tripulación. El «Ashlea» fue el tercer barco capturado por el corsario alemán y el segundo enviado al fondo del mar.

El «Graft-Spee» se colocó a partir de entonces entre el África Ecuatorial Francesa y Sierra Leona, zona fecunda y apropiada para su caza, y en vista de que el «Newton Beech» no le reportaba por el momento utilidad alguna, lo hundió el nueve de octubre junto a un pequeño arrecife de coral.

El día siguiente, y cuando navegaba a cuatrocientas millas al Oeste de la isla Ascensión, apareció de repente ante su vista un gran mercante inglés, el «Huntsman», de 8196 toneladas, que intentó darse a la fuga al reconocer al acorazado enemigo, poniendo proa a la isla Ascensión. A Langdoff no le interesaba aproximarse demasiado a dicho punto, pues temía que por sus alrededores pudiera haber barcos de guerra enemigos; así es que llamó a Peter,

jefe de una de las torretas de doscientos ochenta milímetros.

—Teniente Albrecht —le dijo—. Deténgame inmediatamente a ese barco. Impida que navegue diez millas más.

Poco después dos salvas del «Graft-Spee» horquillaron el mercante, que procedió inmediatamente a detenerse y a entregarse al acorazado alemán. Langdoff dispuso se embarcara una dotación de presa y que navegara en su compañía.

El comandante del corsario alemán tenía por aquel entonces plena seguridad de que los ingleses conocían su presencia en el Atlántico, y de que varios barcos de guerra andarían ya barriendo el mar en su busca. Por ello decidió cambiar nuevamente de escenario. Hasta el veintidós de octubre navegó en

zig-zag

dos días al Sudoeste, dos días al Sur y tres al Noroeste.

El día diecisiete hundió el «Huntsman», que hacía algo más de una semana que navegaba en su compañía. El mercante, tocado por dos torpedos, uno en el centro y otro en la popa, que le abrieron terribles vías de agua, se agitó entre espantosas convulsiones y comenzó a hundirse lentamente entre un mar de espuma y grandes remolinos. Pocos minutos después había desaparecido de la superficie y a las miradas de los marinos alemanes que le acompañaban en su agonía.

El «Graft-Spee» arrumbó entonces al Este, y el día veintidós dio caza a un nuevo mercante, el «Trevanión», de 5299 toneladas, que fue torpedeado y hundido juntamente con su rico cargamento de maderas.

Dos días después Langdoff convocó a sus oficiales. En la cámara de reuniones se hallaba sentado el capitán del acorazado, teniendo a su derecha al segundo comandante del buque. El resto de los oficiales ocupaban las sillas colocadas a ambos lados de una larga mesa, permaneciendo algunos en pie por falta de espacio suficiente. Peter conversaba con Josef y el teniente Stolff, al igual que el resto de la oficialidad lo hacía en grupos, en espera de que llegaran los últimos rezagados. Segundos después la puerta de la cámara fue cerrada y Langdoff se levantó de su asiento, dirigiéndose acto seguido hacia un mapa colgado de una de las paredes.

—Señores —dijo—, les he llamado a ustedes para darles cuenta exacta de lo que hasta la fecha se ha hecho, de nuestra situación,

posibilidades y de los proyectos que he trazado para el futuro. Deseo que me escuchen con atención y me hagan, si lo desean, las preguntas que estimen convenientes. Hoy —prosiguió— hace exactamente sesenta y un días que nos hicimos a la mar. En este tiempo hemos hundido cinco mercantes enemigos con un total aproximado de treinta mil toneladas. No es mucho, pero sí es algo teniendo en cuenta las circunstancias en que nos movemos, sin escolta de clase alguna. Hemos recorrido varios miles de millas sin que por fortuna nos hayamos tropezado con barcos de guerra ingleses o franceses. Pero estoy convencido, como evidentemente ustedes también lo están, de que en estos instantes importantes formaciones nos buscan insistentemente por todo el Atlántico Sur. De encontrar en nuestro camino alguna de ellas, nuestra situación sería apuradísima. El «Graft-Spee» no puede competir con la mayoría de los cruceros ingleses, ya que son superiores en potencia o en velocidad. En uno u otro caso nuestra caza empezaría inmediatamente y en poco tiempo tendríamos tras de nosotros una numerosa escuadra. Nuestra táctica no puede ser otra que la que hasta aquí hemos venido siguiendo, es decir, dar un golpe rápido en una zona determinada para desaparecer enseguida de la misma y reaparecer en otra lo más distante posible. Sólo así evitaremos ser localizados y perseguidos de cerca. Mi intención es la de dirigirme hacia el Indico, abandonando por el momento el Atlántico; si nos buscan, cosa que, como he dicho, no dudo, será precisamente en este Océano. Procuraremos hundir algún o algunos barcos en el Indico, esto hará que los ingleses se dirijan a dicho mar, pero para entonces ya estaremos de nuevo en el Atlántico.

Con un largo puntero Langdoff había ido señalando en el mapa el itinerario que pensaba seguir. Las miradas de los oficiales le habían ido siguiendo con interés.

CAPÍTULO V

UNA COPA DE JEREZ

—Hay otro punto de suma importancia —prosiguió el capitán—. Me es necesario conocer el número y la importancia de las fuerzas que nos buscan. De ello dependen en gran parte nuestros futuros movimientos. Este punto estaba previsto antes de abandonar Alemania. Nuestra información debía suministrárnosla una cadena de agentes que, en distintos puntos de la costa africana y americana, tenían como misión concreta enterarse de los movimientos de las unidades enemigas y darnos cuenta de todo ello por radio. Principalmente esperaba recibir noticias de Freetown y Capetown, pero al parecer algo anormal ha sucedido. Y como es vital para nosotros saber a qué atenernos con respecto a las fuerzas enemigas, la información que ha fallado tendremos que proporcionárnosla nosotros mismos. Necesito dos oficiales que se presten voluntarios a una arriesgada misión.

No había concluido Langdoff de hablar, cuando ya la totalidad de los oficiales estaban en pie.

—¡Gracias a todos! —dijo el comandante del acorazado—. No esperaba menos de ustedes. Pero en vista de ello, yo mismo los escogeré.

Un profundo silencio se hizo en la sala. Todos los ojos estaban fijos en Langdoff, que lentamente fue volviéndose hacia donde Peter se hallaba.

—Teniente Albrecht —exclamó—, ¿está usted dispuesto a ser uno de ellos?

—Sí, mí capitán —afirmó Peter.

Josef, situado a su derecha, dio a su amigo un terrible pisotón que le obligó a encoger visiblemente la pierna.

—Mi capitán —dijo seguidamente Peter—, ya que me ha honrado usted eligiéndome precisamente a mí, quisiera que me permitiera designar al que ha de acompañarme.

—De acuerdo, teniente —accedió Langdoff—. Nómbrelo usted.

—El teniente Beling.

—Conforme. Dentro de una hora les espero a ambos en mi camarote.

Sin decir más, Langdoff abandonó la cámara, seguido de su segundo.

El resto de los oficiales salieron igualmente de la sala y Peter y Josef subieron juntos a cubierta.

—¿Qué querrá de nosotros el capitán? —preguntó el segundo, como hablando consigo mismo.

—¡Y yo qué sé! —exclamó Peter—. De todas maneras pronto lo sabremos.

El teniente Stolff se acercó a ellos.

—Me parece, muchachos, que pronto vais a veros en un lío de los gordos —dijo.

—¿En un lío? —preguntó Josef—. ¿Qué clase de lío?

—Es fácil suponerlo —prosiguió Stolff—. ¿Para qué os quiere el capitán? Evidentemente para que le proporcionéis la información que le falta. Y ¿dónde vais a encontrar esta información? Pues en tierra; es sencillísimo.

—Evidentemente —confirmó Peter, mirando un punto indeterminado del horizonte.

—¡Gracioso! —opinó Josef.

—Sí, muy divertido —opinó a su vez Stolff.

—¿Pero en qué lugar? —preguntó de nuevo Josef.

—Creo que quieres saberlo todo antes de tiempo —dijo Peter—. Pero por si te sirve de orientación, te diré que desde esta mañana estamos navegando rumbo a Capetown.

—Esto sería meterse en la boca del lobo —dijo Stolff, abriendo desmesuradamente los ojos—, o al menos en su cubil.

Se hizo un profundo silencio. Peter fumaba un cigarrillo y sus ojos seguían fijos en el horizonte. Josef se entretenía echando bolitas de papel al mar y Stolff Contemplaba inexpresivamente a su

amigo en su inútil operación.

—Peter —dijo Stolff de repente—, ¿quieres que vaya yo en tu lugar?

Peter se volvió, rápido como el rayo.

—¡De ningún modo! —dijo—. Además, ¿para qué?

—Sí, Peter —dijo a su vez Josef—. Hans tiene razón. Tú tienes más interés que nosotros en regresar algún día a Alemania. Deja que me acompañe él.

—Os ruego que no insistáis en absurdo tan grande —pidió Peter.

—Como gustes —dijo Josef—. Pero te agradecería mucho que antes de iniciar esta aventura, de la que tal vez no regresemos, me contestes a una pregunta.

—¿Qué pregunta?

—El día de nuestra partida de Wilhelmshaven, dijiste algo muy raro, sobre lo que he estado meditando con frecuencia desde entonces. ¿Es cierto que preferirías no regresar nunca a Alemania? ¿Por qué? ¿Qué ocurre entre tú y Emmi?

Peter arrojó el cigarrillo por la borda, y girando lentamente volvió la espalda al mar.

—Eso —dijo— son tres preguntas, no una. Dentro de media hora te espero en el camarote del capitán. —Sumergiendo las manos en los bolsillos, se alejó en dirección al puente central, dejando a Josef completamente desconcertado. Stolff lo volvió a la realidad dándole una palmada en un hombro.

—Oye, Josef —dijo el teniente—: es natural que te intrigue el comportamiento de Peter y que quieras saber qué le ocurre si has observado algo extraño. Pero es mejor que no le hagas más preguntas sobre este particular. Te lo agradecerá.

—De acuerdo, Hans —asintió Josef—. Pero convendrás conmigo que el proceder de Peter intrigaría a cualquiera. Por otra parte, yo soy su mejor amigo y nunca me ha ocultado nada, ¿por qué ha de hacerlo ahora?

—Mira, muchacho —prosiguió Stolff—. Todos tenemos en la vida cosas que preferimos ocultar, incluso a nuestros mejores camaradas. Tú conoces a Peter desde hace escasamente dos años, pero yo estuve con él en la Academia primero y en el «Staal» después. Juntos fuimos trasladados al «Graft-Spee» y conozco su vida y sus problemas como si de mí se tratara. Créeme, no le hagas

más preguntas, ya lo sabrás algún día.

—Luego, ¿tú lo sabes?

—Sí, lo sé. Pero no porque él me lo haya contado, sino porque lo viví también.

Josef tenía los ojos clavados en su amigo, interrogándole con la mirada.

—No. No te diré nada —prosiguió Stolff—. No puedo decírtelo, es un secreto que no me pertenece. Ocurrió hace más de tres años y jamás he dicho ni una palabra a nadie. No esperes que lo haga ahora.

—Dices que la causa del inexplicable comportamiento de Peter tuvo lugar hace más de tres años, luego es de suponer que se trataría de algo grave. Sólo siendo así podría justificarse el mantenimiento de una molesta y desagradable actitud durante tanto tiempo. ¿No te parece?

—Has equivocado la carrera —dijo Stolff sonriendo—. Deberías haber sido diplomático. Sí, estás en lo cierto. Fue algo muy grave, o al menos —prosiguió el teniente mirando distraídamente el cielo— así lo parece.

—¿Tiene algo que ver Emmi en todo ello?

—Fin de emisión —dijo Stolff, encendiendo un cigarrillo—. Es mejor que vayas a ver al capitán. Debe, estar esperándote.

Dando un suspiro de resignación, Josef se alejó visiblemente malhumorado. Peter lo aguardaba ya frente a la puerta del camarote de Langdoff. Después de llamar con los nudillos y de haberles sido concedido permiso para entrar, ambos hombres penetraron en la estancia. Langdoff se hallaba enfrascado en el estudio de un mapa de la costa occidental africana extendido sobre una mesa. Junto a él, el segundo comandante del acorazado iba anotando en un pequeño cuaderno de bolsillo una larga serie de nombres, cifras y signos. Fueron invitados a sentarse, cosa que hicieron gustosos en pequeños pero cómodos sillones tapizados de cuero. Langdoff colocó frente a ellos sendas copas que llenó seguidamente hasta los bordes de un líquido color oro.

—¡Jerez español! —dijo sonriendo—. No hay nada mejor.

Los cuatro hombres juntaron sus copas brindando por la patria lejana, y Josef, después de sorber un buen trago, se prometió a sí mismo visitar detenidamente España tan pronto le fuera posible.

CAPÍTULO VI

CAMINO DE CAPETOWN

—Como ya les dije hace una hora —comenzó Langdoff—, deberán llevar a cabo una peligrosa e importante misión. Le he elegido a usted, teniente Albrecht, por dos razones: primero porque domina usted perfectamente el inglés, y en segundo lugar porque le considero plenamente capaz de desempeñar el cometido que nos ocupa. Su elección ha sido también afortunada.

Josef se creció en su butaca al posarse en él los ojos del capitán.

—El «Graft-Spee» —prosiguió el comandante del buque— opera completamente solo en un mar infestado de enemigos. Pero lo que más me preocupa es el desconocimiento que tenemos de su número, calidad y situación. Los informes que esperábamos recibir, por alguna razón que ignoramos, no han llegado. La misión de ustedes se concreta a ir en busca de tal información. Precisamente. —Langdoff recalcó aquí sus palabras— a la base naval inglesa de Capetown.

Josef, pese a que, al igual que Peter y Stolff, suponía ya su punto de destino, no pudo evitar que los cabellos se erizaran en su cabeza. Penetrar en una base naval inglesa en tiempo de guerra le parecía una aventura muy poco recomendable. Peter, por su parte, no demostraba emoción alguna.

—En la ciudad de Capetown, y exactamente en esta dirección —prosiguió el capitán, alargando un papel cuidadosamente doblado a Peter—, vive un hombre a quien los ingleses conocen por Bruno Redaeli y suponen italiano. En realidad es austríaco y su verdadero apellido es Kesselt. Hace algunos años se estableció en Capetown,

desarrollando un próspero negocio de curtidos de pieles finas y entablando gran amistad, por su esplendidez y generosidad, con buen número de oficiales ingleses y europeos más sobresalientes. Su auténtico trabajo consiste en suministrar a Alemania valiosísimos informes, como agente del III Reich, sobre las bases navales africanas y movimiento de las escuadras aliadas. Él debía proporcionarnos los datos necesarios para poder navegar con relativa seguridad, pero, como ya he dicho, al parecer algo imprevisto ha sucedido.

Josef escuchaba atentamente las explicaciones de Langdoff, con los ojos como platos e intentando humedecer inútilmente su seca garganta. De un trago apuro el resto del contenido de su copa, maldiciendo por lo bajo el que no fuera mucho mayor.

—Ahora es cuando deben aparecer ustedes en escena. Esta noche llegaremos a un punto situado cerca de la costa africana, unas sesenta millas al norte de Capetown. En una motora y en compañía de dos marinos, cuya elección dejo a su buen criterio, se dirigirán a tierra. Poco antes de llegar a ella se detendrán, y en un bote neumático ustedes dos deberán alcanzar la costa lo más cerca posible de Capetown, después de aprenderse de memoria la situación exacta de la motora para poder regresar a ella. Se encaminarán luego a la ciudad y buscarán al curtidor Bruno Redaeli, de quien obtendrán informes. En el posible caso de que algo hubiera sucedido a nuestro agente, procurarán por todos los medios enterarse si hay unidades de guerra ancladas en la base, su tipo y número y si es posible de la probable llegada de otros barcos. Si por desgracia fueran ustedes detenidos, sobre el propio terreno deberán buscar la mejor, salida que se les ocurra, pero, aunque es innecesario decirlo, por ningún motivo, fuere el que fuere, deberán delatar la presencia del «Graft-Spee» en estas aguas. Aleccionen igualmente a los hombres que les acompañen, para que en el caso de verse en peligro, de ser capturados durante su espera, se internen en el mar si la amenaza proviene de tierra, o para que desaparezcan en la selva si temen ser detenidos desde el mar. Tan pronto hayan abandonado esta noche el barco, nos haremos nuevamente a la mar, regresando dentro de cuatro días a este mismo punto para recogerlos. En el caso de que no hubieran llegado ustedes, volveremos a la noche siguiente, y si tampoco han regresado no

tendremos otro remedio que desaparecer para siempre. En tal caso espero que por sus propios medios saldrán del apuro, sin que podamos hacer otra cosa que desearles buena suerte.

Langdoff se puso en pie y Peter y Josef le imitaron.

—Preparen sus cosas y estén dispuestos para dentro de tres horas. Véstanse con ropas de paisano, no muy nuevas, y absténganse de llevar documentación alguna, ni objetos que puedan delatarlos.

Ya fuera del camarote del capitán, Josef dio una palmadita en la espalda de su amigo.

—Debes estar contento, ¿no? —preguntó—. Me parece que se cumplirán tus deseos de no regresar a Alemania.

Peter se encargó de elegir a los dos hombres que habían de acompañarles. Dos muchachos jóvenes y fuertes, ya que las vicisitudes por las que, de ir mal las cosas, podrían pasar, requerían tales condiciones. A las veintitrés horas, bastante después de haber obscurecido, el acorazado se detuvo totalmente. Fue botada una motora equipada con todo lo necesario y los dos marineros elegidos por Peter bajaron a ella, Langdoff estrechó calurosamente la mano a ambos oficiales y les hizo las últimas recomendaciones.

—Lleven esto con ustedes, pueden necesitarlo, sobre todo el teniente Beling. —Josef tomó de manos del capitán una botella ciudadosamente envuelta en papel-cartón.

—¿Jerez? —preguntó.

—Jerez —afirmó el capitán.

—Gracias, señor.

A continuación Langdoff entregó a Peter un sobre de color azul.

—Una vez hayan localizado ustedes a Bruno Redaeli —dijo—, le entregarán este sobre. Ello disipará todos sus recelos y hará que se ponga a: su disposición. ¡Buena suerte!

Peter y Josef descendieron rápidamente a la motora, lista ya para zarpar. Stolff, asomado a la borda, los despidió agitando la mano.

—Saludad de mi parte a la muchacha más bonita de Capetown —gritó cuándo sus amigos comenzaban a alejarse del barco.

—Descuida —aseguró Josef—. Así lo haremos.

La embarcación se perdió entre las sombras y el zumbido de su motor fue haciéndose por momentos más débil, hasta extinguirse por completo.

Durante toda la noche navegaron en línea recta hacia la costa, y cuando un ligero tinte azulado en el firmamento les anunció que la aparición del sol estaba próxima, pusieron proa al sur en dirección a la base inglesa.

—¡Cuidado! —gritó de pronto Peter, señalando un punto en la lejanía—. Un barco navega en aquella dirección.

Todos los ojos se volvieron hacia el lugar indicado. Una columna de humo negro se elevaba hacia el cielo, unas diez millas del lugar en que se hallaban.

—Sin duda se trata de un buque inglés. Se dirige hacia el norte, lo que hace suponer que proviene de Capetown. Es conveniente parar, la estela que dejamos podría delatarnos.

La motora se detuvo y quedó balanceándose sobre las olas. Los cuatro hombres, tendidos en su interior, seguían anhelantes la marcha del vapor, que poco a poco fue alejándose, rumbo al norte, hasta perderse en el mar.

—De seguir este rumbo —dijo Peter—, antes de mucho estarán en poder del «Graft-Spee». Capetown no puede estar ya lejos, a unas ocho millas aproximadamente. Creo que lo mejor será dirigirnos a tierra.

El bote fue echado al agua y a él se trasladaron ambos oficiales después de dar las últimas instrucciones a los marineros.

—No debéis dejaros coger por los ingleses. Ya os he dicho cómo tenéis que reaccionar en caso de veros en peligro. Esta noche procurad acercaros algo más a tierra y sobre todo protegedlos del sol; una insolación podría seros fatal.

—Y no os acabéis todo el jerez —añadió—. Josef. —Dejadme algo para cuando regrese.

Ambos amigos remaron largo rato, llegando por fin a tierra. Desde la motora los marineros los siguieron con la vista hasta que desaparecieron entre la espesa vegetación de la costa.

CAPÍTULO VII

EN EL CORAZÓN DE LA SELVA

—Es una agradable papeleta la que nos han encajado —dijo Josef, deteniéndose un instante y secándose el sudor de la frente—. Cruzar varias millas de selva virgen infestada de alimañas de todas clases, para acabar descansando entre los ingleses en una de sus mejores defendidas bases navales, devolvería la salud perdida a cualquiera.

—¡Vamos, hombre! —le animó Peter—. No podemos perder tiempo. Esta noche tenemos que llegar a las puertas de Capetown para entrar en la ciudad aprovechando la obscuridad.

Reanudaron la marcha, abriéndose paso a través de la espesa vegetación. Las lianas y los retorcidos troncos de los árboles dificultaban enormemente su avance. En ocasiones se hundían hasta las rodillas en espesas capas de fango y lodo que las recientes lluvias habían formado, para caminar después sobre punzantes y angulosas piedras que torturaban sus pies a pesar del calzado.

Llegaron a orillas de un río bastante caudaloso, sobre cuyas aguas se extendía el espeso ramaje de los árboles que en sus márgenes crecían. Un ejército de monos de todos tamaños salió huyendo a su paso, al tiempo que una ensordecedora algarabía atronaba el espacio.

—Tendremos que cruzarlo a nado —opinó Peter—. No tenemos tiempo ni medios para construir una balsa.

—De acuerdo. Pero me haría poca gracia acabar sirviendo de aperitivo a algún cocodrilo.

—Estos animalitos sólo salen en las novelas y en las películas —

aseguró Peter—. No te preocupes.

Se desnudaron rápidamente, y haciendo un paquete con sus ropas se las sujetaron sobre la cabeza con los cinturones. Seguidamente se zambulleron en el agua.

—Después de todo, un baño nos sentará bien —opinó Josef.

Habían cruzado algo más de la mitad del río cuando Peter lanzó un grito de aviso.

—¡Corre, Josef! Nada aprisa, con todas tus fuerzas.

—Pero ¿qué pasa? —preguntó su amigo.

—No hagas preguntas y haz lo que te digo.

Poco después ganaban la orilla opuesta, jadeantes y medio extenuados. Josef se libró del peso de sus ropas y respiró a pleno pulmón.

—¿Quieres decirme qué te ocurría? —preguntó.

—Vuélvete y verás.

A diez metros escasos un enorme cocodrilo abría sus alargadas fauces, mirándolos con gula.

—¡Graciosísimo! —dijo Josef—. Por lo visto los autores de esas novelas a que te has referido hace un momento vienen a inspirarse a estos lugares. ¡Qué casualidad!

Después de secarse y vestirse, prosiguieron la marcha. Tenían los brazos y las piernas cubiertos de sangre. Los espinos de los matorrales se les clavaban en las carnes sin notarlo apenas y numerosos enjambres de mosquitos se cebaban golosos en sus heridas. De repente, Josef dio un brinco que hubiera envidiado cualquier campeón olímpico, y rápido como la centella desenfundó su pistola.

—¡Quieto! —le gritó Peter—. No dispires, podrías llamar la atención.

—Entonces, ¿qué hago? —preguntó Josef, con los ojos fuera de las órbitas.

—Pero ¿qué ocurre? Yo no veo nada anormal.

—Que no, ¿eh? Dígnate volver la cabeza hacia la derecha y te enterarás.

Así lo hizo Peter. Muy cerca de ellos una enorme serpiente se arrastraba entre la hojarasca.

—No tiene importancia —aseguró Peter—. Es una boa, un animal muy infeliz.

—¿Un animal infeliz, dices? Pues no lo parece. De todos modos, por lo que pueda ser, lo mejor será salir pitando de este lugar. Ya volveré el año que viene a construirme una casita con jardín.

Había anochecido cuando divisaron las primeras luces de Capetown. La vegetación se extendía ininterrumpidamente hasta muy cerca de la ciudad, por lo que les fue relativamente fácil aproximarse sin ser vistos hasta las primeras casas.

—Desde este momento —dijo Peter— lo mejor será caminar como si tal cosa. Métete las manos en los bolsillos y procura entonar una canción alegre. Debemos adoptar un aire despreocupado.

Poco después ambos amigos caminaban por una calle medianamente iluminada por la que transitaban algunos indígenas de oscura piel. De vez en cuando algún blanco, con sombrero de anchas alas y vestidos claros, se cruzaba en su camino. De súbito a Peter se le heló la sangre en las venas. Josef, con un cigarrillo en la comisura de los labios, iba silbando una canción tal como él le había aconsejado. La canción era bonita, pero se llamaba «Rose Marie» y era alemana. Dos segundos después a Josef le había caído el cigarrillo de los labios y se palpaba la boca del estómago con agrio gesto.

En el papel que Langdoff les había entregado, además de estar anotado el nombre de la calle donde vivía Bruno Redaeli, había sido trazado un plano para que les fuera posible hallar su domicilio sin necesidad de preguntarlo a nadie, y de esta manera al cabo de una hora y media de corretear por la ciudad, se detuvieron frente a una casa pintada de blanco con algunos adornos en ladrillo rojo.

—Aquí es —dijo Peter—. Son las diez de la noche. Es de suponer que nuestro amigo esté en casa ya.

Pero se equivocaba. Después de llamar por mediación de una vieja campanilla sujeta a la parte superior de la puerta, ésta se abrió lentamente y un negrazo cuya estatura se aproximaría bastante a los dos metros, apareció en el umbral.

—El señor Redaeli, ¿está en casa? —preguntó Peter.

—No, señores —el negrazo se expresaba en una complicada jerga mezcla de inglés y algún dialecto indígena, pero se hacía comprender—. El amo ha salido, como todas las noches, a dar un paseo.

—¿Y dónde podríamos hallarlo?

El negro dudaba. A Peter se le ocurrió pensar que posiblemente Redaeli lo había aleccionado a no dar información a nadie de sus movimientos.

—Somos amigos suyos —prosiguió Peter—. Acabamos de llegar del interior y precisamos verle para un asunto de sumo interés para él.

—Los señores pueden volver dentro de una hora si lo desean. Yo no sé dónde ha ido. —El criado cerró la puerta, dejando a ambos oficiales en la calle.

—¡Maldita sea! —exclamó, indignado, Josef—. Y ahora ¿qué hacemos?

—Pues exactamente lo que ha dicho el negro. Daremos una vuelta y regresaremos dentro de un rato.

Siguieron caminando por la misma calle, y pronto se encontraron en una amplia plaza desde la que se divisaba ampliamente el mar bañado por la luna.

—¡Hermoso panorama! —suspiró Josef—. Nadie diría que cerca de aquí se esconde el «Graft-Spee».

—Haz el favor de callarte y no cometas más imprudencias. Entremos en aquel bar... o lo que sea.

Por la puerta de un edificio situado en la misma plaza, se filtraban sonos de una divertida canción, mezclados con voces de hombres y ruido de botellas y copas al chocar.

Penetraron en el local. Una atmósfera enrarecida por humo de tabaco y la transpiración de muchos cuerpos estuvo a punto de hacer retroceder a Josef, pero viendo que Peter se hallaba ya en el interior, lo siguió. Se aproximaron a un largo y poco limpio mostrador de madera, pidieron dos coñacs y, después de apurarlos, se volvieron de cara al centro del local, en donde dos bailarinas indígenas danzaban a los compases de una musiquilla monótona y pegajosa. Peter recorría con los ojos los más apartados rincones. En una mesa, al otro lado de la sala, se hallaban sentados varios oficiales de marina bebiendo sin tregua el contenido de una botella de *whisky*, riendo y charlando animadamente. La entrada de ambos amigos había llamado la atención y varios ojos estaban fijos en ellos. Procuraron de la mejor manera posible portarse con naturalidad, consiguiendo pronto dejar de ser el blanco de todas las miradas. Sólo uno de los oficiales sentado frente a la botella de licor

no cesaba de examinarlos detenidamente, poniendo a prueba los nervios de Josef.

Las indígenas dieron por terminada su danza entre una salva de aplausos con que el público premió su trabajo. Peter aplaudió también sin gran entusiasmo, mientras Josef ordenaba llenar nuevamente sus vacías copas. La sala se iluminó más intensamente y por una de las puertas que daban acceso a la parte trasera del local apareció una joven ataviada con un vestido «de noche» totalmente blanco.

—Esto ya está mejor —opinó Josef, después de lanzar un agudo silbido que no pudo reprimir.

La muchacha, que entonaba entonces los primeros compases de una popular canción francesa, no tendría más de veinticinco años. Era sumamente esbelta, y su cabellera rubia contrastaba con el color bronceado de su tez. Era, además, considerablemente bonita, y los matices de su voz agradaron a ambos amigos, sobre todo a Josef, que la contemplaba fascinado.

—Hasta que no estemos de regreso a bordo —dijo Peter—, olvídate que eres alemán y exprésate siempre en inglés, incluso estando solos. Si no pones más cuidado vamos a vernos en un lío de los gordos.

Sin dejar de cantar, la muchacha fue aproximándose a Peter y a Josef con una encantadora sonrisa en los labios que hizo estremecer al segundo. Peter, por su parte, estaba más atento al oficial inglés que no apartaba la vista de ellos, que a las gracias de la joven. Ésta llegó hasta el mostrador, y deteniéndose frente a Peter le cogió cariñosamente del brazo.

—¡Bien! —dijo Josef—. Y a mí que me parta un rayo, ¿no?

Parecía como si la linda muchacha cantara exclusivamente para Peter, sin que le importara gran cosa la presencia de otras personas en el local. Su voz se hizo más suave, más acariciante.

«Brisa que bajas de los lejanos montes,
Apaga en mi pecho con tu helado soplo, El volcán
que me devora».

—¡Atiza! —exclamó Josef, perplejo.

«Al fin dejaste los mares
Para contemplarte en el profundo azul de mis ojos».

Josef sudaba tinta. ¿Qué habría querido decir con eso de «al fin dejaste los mares»? ¿Sabría algo?

Peter contemplaba ahora a la muchacha, que apoyada en su brazo, no apartaba los ojos de los suyos. Por fin terminó la canción y se retiró seguida de una gran ovación. El teniente alemán se tragó de un golpe el contenido de su copa, y ya se disponía a abandonar el local seguido de su amigo, cuando vio que el oficial inglés, que tan insistentemente había estado mirándolos, se aproximaba a ellos.

CAPÍTULO VIII

JENNY

Buenas noches, señores —saludó el oficial—. Permítanme que me presente. Charles Hall, teniente de la Marina de Su Majestad.

Peter correspondió con una ligera inclinación de cabeza.

—Mi nombre —dijo— es Morris, Arthur Morris, cazador. Este caballero es mi socio, John Sheffield.

Peter y Josef estrecharon la mano del inglés.

—Mis compañeros y yo —prosiguió— nos hemos dado cuenta de que están ustedes muy solos. Nos sentiríamos honrados si se dignaran sentarse a nuestra mesa. Estamos celebrando una gran noticia, de suma importancia para nosotros.

—¡Ah!, ¿sí? —dijo Josef, aburridamente.

—Efectivamente, señores. Hace escasamente un par de horas que nos hemos enterado de que nuestro portaaviones «Ark Royal», que se creía perdido, no fue hundido por la aviación alemana, tal como se dijo en principio, mas por el contrario se halla sano y salvo navegando por el Atlántico. Comprendan, señores, que, poseyendo todos nosotros buenas amistades en tal barco, la noticia nos ha alegrado mucho. ¿Aceptan ustedes nuestra invitación?

—¡Con mucho gusto! —asintió Peter, echando a andar camino de la mesa ocupada por los oficiales ingleses. Éstos eran cuatro, incluyendo al teniente Hull, y todos se pusieron en pie al llegar Peter y Josef. Tras las presentaciones de rigor, ocuparon nuevamente sus correspondientes asientos.

—Es decir —dijo uno de ellos, llenando las copas de los dos alemanes—, que son ustedes cazadores. ¿Qué beneficio les reporta

tan arriesgada profesión?

—Las pieles —contestó rápidamente Peter—. Pielles finas, de leopardo, pantera y serpiente principalmente. Se cotizan a buen precio.

—¿Quién se las compra?

—Hasta la fecha, la ciudad de Bloemfontein era nuestro principal mercado. Pero en la actualidad hemos tenido que prescindir de él, debido a la actitud hostil de ciertas tribus. Los indígenas se oponen a nuestras cacerías, pese a que ellas se realizan dentro de la más estricta legalidad, y en evitación de desagradables incidentes, hemos optado por intentar vender nuestra última partida en Capetown.

—¿Hallarán quien se las compre aquí?

—Eso esperamos, a pesar de que no conocemos a nadie; pero como nuestra mercancía es codiciada y el precio es razonable, sin duda hallaremos quien se interese por ellas.

—¿Dónde tienen ahora las pieles?

A Peter comenzaba a molestarle ya tanta pregunta. Pero, haciendo de tripas corazón, prosiguió en sus embustes.

—A algunas millas hacia el interior. Las guardan nuestros servidores, que esperan órdenes para traerlas a la ciudad.

—Mi mujer me ha encargado varias veces que le envíe una piel de serpiente entera para hacerse no sé qué —dijo el teniente Hull—. ¿Tienen ustedes existencias?

—Efectivamente, muchas y buenas. Mi socio se la escogerá, es especialista en esa clase de reptiles —dijo, sonriendo, Peter.

—Muy agradecido —exclamó el teniente—. Y dígame, señor Sheffield, ¿cómo caza usted animales tan peligrosos?

—¿Peligrosos? —preguntó Josef, riéndose forzosamente—. ¡Pero si las serpientes son unos bichos muy infelices!, ¿verdad, Arthur? No utilizo siempre el mismo método; ello depende de la clase de que se trate, tamaño y estación del año. Generalmente empleo trampas especiales, pero en más de una ocasión me he visto precisado a acabar con alguna, demasiado rebelde machacándole el cráneo con una piedra.

Peter estuvo a punto de soltar una carcajada. Evidentemente, a Josef le asustaban sus propias palabras, y se imaginaba con horror el papel poco airoso que haría si se viera obligado a demostrar sus

heroicidades.

Los oficiales ingleses contemplaban a ambos amigos con admiración y respeto, excepto el teniente Hull, en cuyos ojos brillaba una extraña luz.

—¿Tiene usted un cigarrillo, señor Morris? —dijo de pronto—. A mí se me han acabado.

—Lo siento, teniente —se lamentó Peter—. Hace rato que yo también los terminé.

Josef se echó la mano al bolsillo para extraer su pitillera, pero un soberbio puntapié de Peter lo detuvo. Un oficial inglés repartió cigarrillos a todos y la conversación prosiguió animadamente.

—¡Hola, Jenny! —dijo al cabo de un rato el teniente Hull, levantándose. Peter volvió la cabeza. A su espalda estaba la muchacha que momentos antes lo eligiera como destinatario de su canción. Había trocado su vaporoso vestido blanco por otro de calle de color amarillo, con el que estaba verdaderamente hermosa. Todos se pusieron en pie.

—Permíteme que te presente a estos caballeros —dijo Hull—: los señores Morris y Sheffield, cazadores ambos. La señorita Jenny Saife.

Ambos jóvenes se inclinaron respetuosamente. Ella les correspondió con una agradable sonrisa.

—La creí en principio francesa —dijo Peter, invitándola a sentarse— domina usted a la perfección el idioma de Moliere.

—Tengo algo de francesa, efectivamente. Nací en Dinamarca, pero he vivido la mayor parte de mi vida en Francia e Inglaterra, y estoy en Capetown desde hace un año aproximadamente. Ustedes son nuevos en la ciudad, ¿no es así?

—Los señores —atajó Hull— son cazadores, como ya te he dicho. Acaban de llegar del interior con un cargamento de pieles que se proponen negociar en la ciudad.

—¿Pielés? ¿Tienen ya comprador? —preguntó Jenny.

—No, señorita; no conocemos a nadie aquí, pero ya lo encontraremos.

—En tal caso —prosiguió la muchacha—, tal vez yo pueda ayudarles.

—¿Usted?

—Sí. Conozco al principal curtidor y traficante en pieles de estos

contornos. Me refiero a Bruno —dijo la joven, dirigiéndose al teniente Hull.

—¡Pues es verdad! —exclamó éste—. ¿Cómo no se me ocurriría antes?

A Josef se le heló la sangre en las venas. Sin duda se referían al hombre que ellos estaban buscando, al agente alemán.

—Si no he de causarles molestias, les agradecería que me pusieran en contacto con él —pidió Peter, imperturbable.

—Lo haré muy gustosa —aseguró Jenny—. Da la casualidad que vive cerca de aquí; yo misma les acompañaré.

La orquesta inició los primeros compases de «Perfidia», la célebre piezaailable española que en aquel entonces hacía furor en toda Europa. A Peter se le antojó que algo pérfido había en el proceder de todos. En Hull, en Jenny y en él mismo.

—¿Me invita usted a bailar? —preguntó la muchacha, dirigiéndose a Peter.

Peter abandonó su asiento, y en compañía de Jenny llegó hasta la pista. Rodeó la cintura de la joven con su brazo derecho y se mezcló con las otras parejas.

—¿Hace tiempo que se dedica usted a la caza? —preguntó Jenny de pronto.

—Creo que lo he hecho toda mi vida. África no tiene para mí secretos.

—Es raro —prosiguió ella—. Baila usted muy bien por haber vivido gran parte de su vida entre las fieras.

—Es simple intuición. Poseo un notable oído para la música y no me es difícil seguir el ritmo de una melodía sin complicaciones.

Ambos callaron. Jenny no apartaba la vista del rostro de Peter, y éste no dejaba de mirar a Josef, enfrascado en animada conversación con los oficiales ingleses.

—¿Es usted inglés? —preguntó la muchacha.

—Sí, aun cuando, como ya le he dicho, he vivido casi siempre en África.

—Su patria está en guerra. ¿Es que no piensa hacer nada por ella?

A Peter se le hizo un nudo en la garganta.

—Haría gustoso por mi patria lo que me pidiera, aunque se tratara de mi propia vida.

Jenny clavó sus azules ojos en los de él, como intentando adivinar sus pensamientos. Peter notó que la mano derecha de la muchacha ejercía una ligera presión sobre sus dedos y que su cuerpo se ceñía al suyo, acortando la distancia entre ambos.

—¿Incluso se atrevería a penetrar en una base naval enemiga para procurarse información? —preguntó subrayando sus palabras.

Peter se estremeció. Por un momento una impenetrable obscuridad nubló sus ojos y notó que sus piernas flaqueaban.

—Sí, incluso esto haría —concluyó al fin.

La orquesta terminó los últimos compases y ambos regresaron a la mesa. Los oficiales ingleses seguían atentos las explicaciones y detalles que sobre la caza de las serpientes a Josef se le iba ocurriendo, inspirado sin duda por un exceso de *whisky*.

—Empieza a ser ya tarde —dijo Jenny, sin sentarse—. Si ustedes lo desean les acompañaré a casa de Bruno.

—Creo que será lo mejor —dijo Peter.

Ambos amigos se despidieron de los oficiales ingleses, y en compañía de la muchacha se disponían a abandonar la sala cuando el teniente Hull les gritó:

—¿Permanecerán ustedes por mucho tiempo en la ciudad?

—Posiblemente algunos días —contestó Peter—. Hasta vender la totalidad de nuestras pieles.

—Siendo así, mañana les esperaremos nuevamente aquí. El señor Sheffield tiene que acabar de informarnos de cómo se cazan las serpientes.

—No faltaremos —añadió Josef—. Incluso le explicaré cómo deben curarse sus mordeduras.

Peter y Josef, en compañía de Jenny, salieron a la calle.

CAPÍTULO IX

BRUNO

La campanilla de la casa del curtidor repicó alegremente. En vista de que nadie contestaba a la llamada, Josef insistió nuevamente. Al poco la puerta se entornó, apareciendo en el resquicio la negra cara del criado, el cual, después de posar sus ojos detenidamente en Jenny, terminó por franquearles la entrada.

—El señor acaba de llegar —dijo—. Ya le he anunciado su anterior visita y les ruega se dignen pasar a la sala.

Peter maldijo mil veces su imprevisión. De reojo miró a Jenny y le pareció que la muchacha sonreía discretamente.

El negro les invitó a acomodarse en sendos sillones de rejilla, desapareciendo después tras unas cortinas de cáñamo. Pasaron unos minutos, durante los cuales ambos amigos y Jenny guardaron un profundo silencio. Poco después las cortinas se separaban de nuevo, apareciendo en escena un hombre como de cuarenta y cinco años, alto y enjuto. Sus ojos, brillantes y movedizos, se asemejaban a los de un zorro, y sus andares le recordaban a Peter los grandes felinos del parque de Hamburgo.

—¡Qué agradable sorpresa, Jenny! —dijo, doblándose cuanto pudo ante la muchacha y besando su mano—. ¿A qué debo tan inesperada visita?

Peter y Josef se habían puesto en pie y la joven repartía sus miradas entre los tres hombres.

—Casualmente —dijo— he conocido hoy a estos caballeros. Poseen un importante cargamento de pieles y he pensado que tal vez pudiera interesarte. Son los señores Morris y Sheffield,

cazadores. —Dirigiéndose luego a Peter y Josef, añadió—: Les presento al señor Redaeli.

Éste se adelantó lo preciso para estrechar la mano a ambos amigos.

—¡Vaya, vaya! —exclamó—. Pielles, ¿eh? ¿Qué clase de pieles?

—Buenas en su mayoría —contestó Peter—. De leopardo y serpiente. Pero tenemos algunas de zorro negro, león y buey.

—¿Dónde están?

—A diez millas de aquí, Tan pronto tengamos mercado las traeremos.

—Creo que mi presencia no sirve de nada —dijo Jenny, levantándose—. Esperaré a que hayan terminado paseando por el jardín —y sin esperar más, abandonó la estancia.

—¿Han cazado ustedes mucho? —preguntó Redaeli, ocupando una silla frente a sus visitantes.

—Regular —contestó Peter.

—¿Piezas grandes?

—Algunas pasaban de las seis mil toneladas.

—¿Cómo? ¿Pretenden reírse de mí? —preguntó Redaeli con impenetrable expresión.

—En modo alguno —negó Peter—. El «Huntsman» alcanzaba los ocho mil kilos y el «Clement» y el «Trevanión» pasaban ele los cinco mil.

—Jamás oí tales nombres. ¿Se trata de piezas raras?

—Raras, sí; pero no terrestres, sino marítimas. Ahora son informe montón de chatarra en el fondo del océano; pero hace pocos días surcaban los mares bajo el pabellón inglés.

Redaeli se levantó y lentamente dirigióse a un pequeño mueble del que extrajo una botella de coñac y tres copas. Colocó dos de éstas en una mesa frente a Peter y Josef y las llenó seguidamente.

—¿Qué desean de mí? —preguntó contemplando fijamente la caída del licor en las copas.

Peter alargó la mano, entre cuyos dedos sobresalía un sobre azul.

—Esto es para usted —dijo—. Léalo y sabrá qué es lo que deseamos.

Redaeli rasgó el sobre, extrayendo de su interior un papel igualmente azul. Lo desdobló lentamente y se enfrascó en la lectura

de su contenido. Josef sentía bañada su frente en sudor frío. ¿Podían realmente fiarse de aquel hombre? Según les dijo Langdoff, era austríaco y hacía muchos años que vivía entre los ingleses. ¿Cuál sería su auténtica posición? ¿No les conduciría a una trampa? ¿Por qué no había informado al «Graft-Spee»?

Bruno Redaeli dio por terminada la lectura, dobló el papel y con una cerilla le prendió fuego. Cerró luego las puertas y corrió las cortinas de cáñamo.

—No carecen ustedes de valor —dijo—, pero se han metido en la boca del lobo. No he podido informar al capitán Langdoff porque me ha sido totalmente imposible el hacerlo. Hace tiempo que los ingleses sospechan de mí, aunque saben disimular muy bien; hay que reconocer que no son tontos. Tengo una emisora en mi secadero de pieles, fuera de la ciudad, pero no puedo acercarme a ella, pues los ingleses la han localizado y la tienen constantemente vigilada en espera de que alguien la utilice. He probado todos los medios imaginables para comunicarme con ustedes, pero todos han fracasado.

—Algo así suponíamos —dijo Peter.

—¿Cómo han llegado hasta aquí?

—Valiéndonos de una motora que tenemos oculta unas ocho millas al norte.

—¿Cómo han conocido a Jenny?

—Nos la presentaron unos oficiales ingleses hace un rato; en un salón que hay en una plaza cerca de aquí y cuyo nombre no recuerdo.

—¿Oficiales dice? ¿Conoce sus nombres?

—Sólo recuerdo uno. Teniente Hull.

—¡Hull! —exclamó Redaeli—. ¡Precisamente Hull! Tiene a su cargo vigilarme día y noche. A estas horas estará ya rondando la casa en espera de ver u oír algo.

—Parecían muy amables —dijo Josef—. No creo que sospechen de nosotros.

—Que no, ¿eh? Desconfíe usted de las apariencias. ¿Qué objetos llevan encima?

—Casi nada —contestó Josef—. El pañuelo, unas libras esterlinas y cigarrillos.

—¿Qué clase de cigarrillos?

—Kub.

—Dénmelos enseguida —ordenó Redaeli, tomando de manos de ambos sus correspondientes existencias—. ¿No se les ha ocurrido pensar que a los ingleses les extrañaría mucho que dos cazadores procedentes del interior fumaran cigarrillos alemanes?

Josef comprendió entonces por qué su amigo le había propinado una hora antes aquel soberbio puntapié.

—Todo esto está muy bien —dijo Peter—. Pero lo que más nos interesa es que nos proporcione usted la información que hemos venido a buscar para poder marcharnos enseguida.

—Todo se andrà. Díganme primero dónde se halla el «Graft-Spee».

Peter dudó unos instantes.

—Cerca de aquí —dijo al fin.

—Exactamente, ¿dónde?

—Por el momento le bastará saber que anda por estas aguas —contestó Peter.

—Ya veo que desconfían de mí. No se lo puedo reprochar. Ahora escúchenme con toda atención. Yo marcharé con ustedes tan pronto nos sea posible. De seguir aquí no tardaría en ser detenido. Probablemente tendremos dificultades y tal vez alguno no pueda llegar al «Graft-Spee». Por ello es necesario que los tres conozcamos lo que al capitán Langdoff le interesa para poderle informar por su cuenta independientemente de la suerte de los otros dos. En estos momentos —prosiguió— una poderosa formación naval inglesa navega a toda máquina hacia aquí. Está formada por el crucero pesado «Renown» y el portaaviones «Ark Royal», con cincuenta y ocho aparatos a bordo, además de cuatro destructores. Es necesario que el «Graft-Spee» abandone estas aguas enseguida y busque nueva zona de operaciones, pues de lo contrario sería hundido sin remedio.

—A Langdoff se la había ocurrido navegar hasta el Índico —dijo Peter.

—¡Excelente idea! —aprobó Redaeli—. En dicho mar los ingleses no poseen fuerza considerable, todo lo más algún destructor que no implica peligro serio para el «Graft-Spee». Más al sur, en las costas americanas, Inglaterra posee otra formación naval en constante movimiento. Está integrada por los cruceros «Cumberland»,

«Exeter», «Ajax» y «Achilles», al mando del comodoro Harwood. Un encuentro con nuestro acorazado podría poner a éste en grave aprieto, pero nunca tal como sería si se viera precisado a enfrentarse en combate desigual con el «Renown».

En aquel momento alguien, llamó a una puerta. Redaeli hizo señas a Josef para que fuera a abrir, y así lo hizo éste. Jenny entró en la habitación.

—Me parece algo exagerado el precio —dijo el agente alemán, dirigiéndose a Peter y haciendo como si no hubiera reparado en la presencia de la muchacha.

—Hay precios —dijo ella— que nunca son exagerados.

CAPÍTULO X

UNA MUJER COMO MUCHAS

Redaeli volvióse lentamente hacia Jenny, ocupada en ir juntando los tallos de un pequeño ramo de flores diversas, cortadas en el jardín de la casa.

—¿Lo crees así? —preguntó aquél.

—Naturalmente —respondió ella, sonriendo—. Estoy segura de que lo que estos señores te proponen vale de sobras lo que piden.

—Debe ser verdad si tú lo dices —respondió Bruno. Dirigiéndose luego a Peter prosiguió—: Si las pieles son de la calidad que me han asegurado ustedes, estoy dispuesto a quedarme con toda la partida si me hacen un diez por ciento de descuento sobre el precio en principio tratado.

—Convenido —dijo Peter, levantándose—. Daré inmediatamente orden a mis porteadores de que traigan el cargamento a Capetown. Mañana, o a lo más tardar pasado mañana, estarán aquí.

—¿Tienen ustedes ya alojamiento? —preguntó Redaeli.

—No. Hemos llegado hace apenas cinco horas y no hemos podido ocuparnos de ello.

—En tal caso me sentiría honradísimo que aceptaran mi modesta hospitalidad. Mi casa es sencilla y carece de lujos, pero se encontrarán mejor en ella que en cualquier hotel de la ciudad, en donde la limpieza más elemental brilla por su ausencia.

—Pero. —Peter inició una leve protesta— tememos causar molestias.

—¡De ningún modo! —aseguró el agente alemán—. Su compañía me será muy grata. A propósito, ¿han cenado ustedes? ¿No?

Enseguida ordeno que les preparen algo.

Redaeli se encaminó a un extremo de la sala, haciendo sonar un pequeño «gong» colocado sobre una mesilla. Transcurrió un minuto escaso, las cortinas de cáñamo se separaron y apareció la descomunal figura del negrazo.

—Gobo —dijo su amo—, manda a tu mujer preparar una buena cena para... Tú, ¿has cenado ya, Jenny? —preguntó a la muchacha—. ¿Sí?... para dos personas.

Gobo desapareció rápidamente. A Josef la perspectiva de una buena comida se le antojaba deliciosa. Desde bastante antes de abandonar la motora no habían probado bocado, y le daba la sensación de que su estómago había sido «planchado» por una apisonadora.

—Debo irme ya —dijo Jenny, haciendo ademán de levantarse—. Mi misión ha terminado.

—¡En manera alguna! —protestó Redaeli—. A menos que tengas algún compromiso ineludible.

—No, no tengo compromiso alguno —aseguró la muchacha—. Pero estos señores estarán cansados y tendrán ganas de retirarse pronto.

—No, señorita —negó Josef—. Estamos acostumbrados a dormir poco. Algunas horas nos son suficientes para reponernos del todo. Además, con este agobiante calor, difícilmente podríamos conciliar el sueño.

—Será mejor que te quedes —opinó Redaeli—. Estos caballeros están evidentemente poco habituados a frecuentar el trato de muchachas tan lindas.

—Gracias, Bruno —agradeció ella—. Eres muy galante.

Jenny se sentó nuevamente. Peter contemplaba ahora a la muchacha con especial interés, y hubo de reconocer que, efectivamente, era muy linda. Se preguntaba a sí mismo qué misterio encerrarla la vida de Jenny y cuál habría sido su auténtica existencia. En la actualidad bailaba en un local nocturno de Capetown; pero ¿qué habría hecho en el pasado? ¿Qué larga cadena de penalidades y sufrimientos habría tenido que soportar tal vez?

La muchacha volvió ligeramente la cabeza y sus ojos se encontraron con los de él. Largo rato se estuvieron contemplando en silencio. La dulzura de los rasgos de Jenny impresionaron

vivamente a Peter. En sus azules ojos, que comenzaban a fascinar al teniente alemán, se reflejaban una calma y serenidad que le impresionaron hondamente, mientras que en su boca, perfilada a la perfección, se adivinaba un ligero deje de amargura.

Redaeli carraspeó intencionadamente y Peter volvió a la realidad. Josef se entretenía preparando un «coctail», mezclando para tal fin, en un recipiente apropiado al caso, parte del contenido de todas las botellas que hallaba en el interior del mueble-bar. La mezcla adquirió un color negruzco, indefinido, pero el sabor no era desagradable.

Gobo reapareció nuevamente, anunciando que la cena estaba servida, y el dueño de la casa condujo a ambos amigos y a Jenny hasta el comedor. La comida fue succulenta y toda ella transcurrió en animada charla. Se tocaron temas tan dispares como la guerra, las cacerías de fieras, en cuya técnica Josef acabó de consagrarse como una verdadera notabilidad, la literatura y la música. Peter advirtió enseguida que Jenny poseía una cultura poco común, cosa que le extrañó, dado el ambiente en que vivía. Después de los postres, la muchacha manifestó sus deseos de marcharse, y Peter se brindó gustoso a acompañarla.

—Es usted una mujer extraña —dijo, cuando ambos se hallaban ya en la calle.

—¿Por qué?

—Posee usted una notable cultura. Conoce la mayoría de los clásicos ingleses, alemanes y españoles y se halla compenetrada también con la moderna literatura. Ello, y perdóneme, no está en consonancia con... su manera de ganarse la vida.

Peter se arrepintió enseguida de haber hablado tan bruscamente. El rostro de Jenny reflejaba una profunda tristeza. Caminaron largo rato en silencio, cruzando varias calles, poco iluminadas la mayoría.

—A veces —dijo la muchacha— no nos está permitido, por imperiosa necesidad, elegir la clase de vida que hubiéramos deseado. Yo no bailo en un club nocturno por placer, señor Morris, sino porque, de momento, lo necesito para poder seguir viviendo.

—Le ruego que me perdone, Jenny —pidió humildemente Peter—. No era mi intención molestarla. Seguramente no he sabido expresar lo que intentaba decirle. Me refiero a que, poseyendo usted una educación más que esmerada, no le sería difícil encontrar otra

clase de trabajo más apropiado a su persona.

—Lo he buscado repetidas veces, pero me ha sido imposible hallarlo.

—¿Por qué no me cuenta su vida, Jenny? —pidió Peter.

—¿De verdad le interesa? —preguntó ella, mirándole fijamente.

—Sí, me interesa mucho.

—Le haré a usted un rápido resumen. Nací, como ya le dije antes, en Dinamarca; soy, pues, danesa por nacimiento. Siendo muy niña, mis padres, que disfrutaban entonces de una desahogada posición, me mandaron a estudiar a Francia, en donde permanecí en un lujoso pensionado durante muchos años. Al cumplir yo los quince, murieron mis padres en un corto intervalo de tiempo y me dejaron una considerable fortuna, que fue administrada en calidad de tutor por un primo mío, mucho mayor que yo. Nunca he sabido exactamente qué ocurrió, pero el resultado fue que al poco tiempo me hallaba en la más completa miseria. Desamparada, acudí entonces en demanda de protección a algunos parientes lejanos, de quienes esperaba recibir ayuda en compensación a antiguos favores recibidos de mi padre. Pero nadie quiso atenderme, pretextando diversas razones que no vienen al caso. Abandoné el colegio y pude conseguir un empleo de mecanógrafa en las oficinas de un exportador de vinos, a quien mi familia conocía de antaño. Era un buen hombre y me trató con toda consideración, pagándome mucho más de lo que mi trabajo merecía y velando incluso por mi seguridad con la solicitud de un padre. Pero al cabo de dos años murió también y sus herederos liquidaron el negocio. Me vi nuevamente en la calle, completamente sola. Marchó entonces a Inglaterra, entrando al servicio de una señora, anciana ya, en calidad de señorita de compañía. Era una mujer mala y egoísta, de quien tuve que soportar durante mucho tiempo, por serme imposible hallar nada mejor, toda clase de sufrimientos e improperios. No pudiendo resistir más, la abandonó un día para entrar a formar parte en el conjunto de baile de una compañía de revistas; el sueldo era irrisorio y el trato malo, pero me permitía salir de apuros y seguí en él recorriendo gran parte de Europa. Por fin, merced a algunas amistades, conseguí una buena colocación en una compañía maderera de Capetown, pero al poco tiempo de llegar aquí, la compañía quebró. En la actualidad ya conoce usted

cuál es mi trabajo. Daniel, el dueño del club nocturno, pese a su carácter algo brusco en ocasiones, es en el fondo una buena persona. Me paga más de lo que puedo gastar, y —concluyó Jenny— esto es todo.

El resto del camino lo hicieron en silencio. De repente, la muchacha se detuvo.

—Aquí vivo —dijo—. Como puede usted ver, es una casita algo aislada, pero es bonita y posee un extenso jardín en la parte de atrás. La comparto con dos muchachas que trabajan en el hospital militar de la Marina. Entre las tres nos sale relativamente económico.

CAPÍTULO XI

SUBLIME SACRIFICIO

—¡Jenny! —dijo Peter, tomando entre las suyas las manos de la joven—. ¿Ha sido usted alguna vez verdaderamente feliz?

La muchacha tardó en contestar. Lo hizo por fin con voz apenas perceptible y los ojos bajos.

—¡Nunca! Creo que nunca. Sólo recuerdo haber sido dichosa cuando, aun niña, jugaba en el bosque de nuestra casa de Copenhague. ¡Es muy duro vivir sola en el mundo!

—Sí, Jenny. Sé algo de lo que es esto.

Los ojos de ella se posaron de súbito en los de él con todo el poder de fascinación que ya Peter había observado.

—Dígame, señor Morris: ¿cuál es en realidad su nombre?

A Peter se le hizo un nudo en la garganta.

—No tengo otro nombre que éste —aseguró con poca convicción—. Me llamo Morris, Arthur Morris soy inglés y mi profesión es la de cazar fieras para aprovechar su piel. Creí habérselo dicho ya a usted.

—No, amigo mío —negó la muchacha—. Usted ni es inglés, ni cazador de fieras, ni su verdadero nombre es Morris. ¿Quién es usted?

Peter no contestó.

—Excepto el nombre —prosiguió Jenny—, los otros dos extremos los conozco perfectamente. Usted y su amigo son alemanes, y la razón de su presencia en Capetown no es la de vender pieles, sino la de enterarse de los movimientos y las intenciones de los ingleses.

—Es usted muy inteligente —dijo Peter con ironía—. ¿Puedo saber en qué funda absurdo tan grande?

—No es ningún absurdo ni se trata de una suposición gratuita mía. Simplemente, lo sé. Hace mucho tiempo que conozco perfectamente cuál es el verdadero trabajo del señor Redaeli, aun cuando él ignora que conozco sus actividades. La astucia de un espía puede ser más que suficiente para engañar a un hombre, pero no la intuición de una mujer. Lo sospeché enseguida, sobre todo por su marcado interés en procurarse informes de los oficiales ingleses, y lo comprobé posteriormente. En cuanto a ustedes, sabía quiénes eran poco antes de abandonar esta noche el club nocturno. El proceder de su compañero, principalmente, me lo dio a entender; su sobresalto cuando nombró a Bruno, sus disparatadas historias de caza, el atavío de ambos, poco apropiado a los cazadores de fieras, sus rostros poco quemados por el sol y su conocimiento del baile moderno, eran indicios más que suficientes para hacer abrir los ojos a cualquiera. Posteriormente, en casa de Redaeli, desaparecieron las pocas dudas que me quedaban. ¿Por qué cerraron ustedes puertas y ventanas con el agobiante calor de esta noche? Era una precaución innecesaria para tratar de una simple venta de pieles, ¿no le parece?

Peter había seguido las explicaciones de Jenny con el rostro demudado y la frente sudorosa. Una sola palabra de la muchacha bastaría para que Josef y él fueran detenidos inmediatamente e internados en un campo de concentración. Pero había algo, algo que no acertaba a definir, que le decía que Jenny no los delataría jamás.

—¿Cómo se llama usted? —preguntó la joven, en alemán.

—Peter —dijo él, sin poderlo evitar—. Peter Albrecht. Ya puede usted avisar a la policía si lo desea.

La muchacha fue aproximando lentamente su rostro al de él. Peter notaba ya el perfumado aliento de Jenny azotar su cara. Maquinalmente rodeó la cintura de la joven, atrayéndola hacia sí y unió sus labios a los de ella.

—Peter —dijo Jenny poco después, con la cabeza apoyada en el hombro del teniente alemán— debes huir enseguida; debéis huir los dos, tú y...

—Josef.

—... y Josef. No soy yo sola la que se ha dado cuenta; también

el teniente Hull sospecha algo. Si no lo hacéis, no tardaréis tampoco mucho en ser detenidos, y yo no deseo que esto suceda, porque... te quiero, Peter.

Él rodeaba aún la cintura de la joven, pero sus pensamientos estaban muy lejos de allí, mucho más al Norte, en Europa, en Alemania. Recordaba a Emmi, su adorada Emmi. Se sentía un poco culpable. ¡Si Emmi llegara a saber aquello...!

—No podemos irnos esta noche, Jenny —dijo al fin—. Con toda seguridad estamos vigilados, y nuestra repentina marcha avivaría las sospechas. Mañana, pretextando ir a buscar a los porteadores, huiremos.

—Y yo no volveré a verte nunca —sollozó la muchacha—. He encontrado por fin la felicidad y pasa por mi lado como una ráfaga de viento.

—Sí, Jenny; volveremos a vernos algún día —aseguró Peter, no muy seguro de lo que decía—. Cuando todo esto haya terminado.

—¡Vete, Peter, vete enseguida! —pidió ella con lágrimas en los ojos—. Vete con los tuyos y que Dios te proteja.

La muchacha se deshizo del abrazo de él, y abriendo la puerta de la casa, desapareció en su interior.

—Adiós, Jenny —dijo Peter. Pero Jenny no podía oírle ya...

De regreso a casa de Redaeli, encontró a éste enfrascado en una serie de preparativos.

—Gracias a Dios que ha vuelto usted —dijo—. Con el amanecer debemos intentar huir. Uno de mis hombres ha venido a informarme que los ingleses piensan indagar mañana su verdadera personalidad. He mandado preparar tres caballos para poder alcanzar lo más rápidamente posible la motora y con ella el «Graft-Spee».

—¿No sentirá usted abandonar todo esto? —preguntó Peter—. Aquí vivía como un príncipe, su negocio era floreciente y nada le faltaba.

—Sí, lo sentiré en parte —contestó Redaeli—. Pero no demasiado. Desde hace tiempo que estoy hecho a la idea de tener que abandonar Capetown algún día, y este día ha llegado. Por otra parte, deseo un poco de reposo, tengo la salud quebrantada por la tensión nerviosa en que he vivido durante estos últimos años. Poseo considerables ahorros en el extranjero y pienso emplearlos en pasar

el resto de mi vida sin preocupaciones.

—¿Dónde está el teniente Beling? —preguntó Peter.

—Arriba, descansando un poco.

Poco después Peter llegaba junto a Josef, que, tendido en una cama y con las piernas cruzadas, fumaba tranquilamente un cigarrillo.

—No te duermas —aconsejó Peter—. Antes de cuatro horas debemos estar en camino.

—Descuida, no me dormiré. He tomado demasiado café y me sería imposible. ¿Has dejado por fin a la muchacha?

—¿Dónde?

—En su casa.

—Es una chica muy guapa, pero me parece algo peligrosa.

—¿Peligrosa? —preguntó Peter—. No, no lo es. Sabe quiénes somos desde que nos vio. Además, yo se lo he confirmado.

Josef dio un brinco en la cama como si le hubiera picado una víbora.

—¿Que se lo has dicho?

—Sí.

—Pero ¿estás loco?

—No, no lo estoy. Jenny no dirá nada.

—Que no dirá nada, ¿eh? Me has estado dando golpes toda la noche, por los cuales aún tengo el estómago dolorido, por pequeñas indiscreciones mías, y ahora resulta que se lo cuentas todo a la primera mujer que te mira con ojos de vaca. ¡Parece mentira! —Josef se paseaba por la habitación con las manos en la cabeza—. ¡Qué imprudencia, Dios mío; qué imprudencia! Estas pasiones tempestuosas que levantas por donde vas, acabarán siéndonos fatales.

—¡Tranquilízate, hombre! —pidió Peter—. Yo te aseguro que nada pasará por su culpa. Ya te hablaré de Jenny más tarde.

—¿Más tarde? ¿Cuándo? ¿Cuándo estemos con el agua hasta el cuello? ¡Qué agradable situación! A un lado los ingleses y al otro la selva con sus simpáticos e infelices gusanitos. En fin, voy a tomarme un doble de coñac para olvidar. —Josef desapareció por la puerta, seguido de Peter.

Con las primeras luces del alba, los dos tenientes alemanes y Redaeli abandonaron la ciudad. Sus monturas eran buenas y

cabalgaban a considerable velocidad entre los matorrales y los árboles de la selva. De pronto Redaeli se detuvo.

—Alguien nos sigue —dijo—. Aceleremos la marcha.

Pusieron los caballos al galope, pero frecuentemente tenían que detenerse ante obstáculos naturales, tales como zonas cenagosas, pequeños riachuelos o vegetación excesivamente cerrada.

—Ahora estoy seguro que nos siguen —dijo de nuevo Redaeli, deteniendo su montura—. A partir de aquí los caballos ya no sirven de nada. Debemos abandonarlos y proseguir la marcha a pie.

Se echaron al hombro los pequeños bultos que el agente alemán había traído consigo y se internaron en la maleza.

Al poco rato de caminar, Peter lanzó un grito de aviso. Por una colina cercana bajaba corriendo un grupo de hombres armados con fusiles.

—¡La policía indígena! —exclamó Redaeli—. ¡A toda prisa!

Iban a proseguir su carrera, cuando frente a ellos apareció un hombre a quien Peter reconoció enseguida como al teniente Hull. Empuñaba una pistola, con la que los encañonaba, y en su boca se dibujaba una irónica sonrisa.

—¡Señores, se acabó la comedia! —dijo—. En nombre de Su Majestad Británica, dense presos.

Rápido como el rayo, Peter desenfundó su pistola y disparó casi sin apuntar. Hull se llevó la mano izquierda al hombro derecho y dejó caer el arma. Un nuevo hombre apareció entre la espesura, y apuntando cuidadosamente disparó contra Peter. Pero algo inesperado, algo en que nadie pensaba, ocurrió entonces. Una figura, ataviada con un vestido blanco, apareció en escena y se arrojó en brazos de Peter. La bala que iba destinada a éste se alojó en la espalda de la persona recién llegada, y Jenny, pues de ella se trataba, se desplomó a tierra. Redaeli disparó su revólver contra el que había herido a la muchacha, eliminándole de un certero balazo en la cabeza.

Peter se arrodilló junto a la joven e hizo que apoyara la cabeza en su brazo.

—¡Jenny! —exclamó—. ¿Por qué has hecho esto?

—Peter, yo... yo me enteré que iban a deteneros y quise avisaros, pero... llegué tarde. —Hablaban con dificultad, esforzándose enormemente, y Peter comprendió con dolor que la

muchacha estaba agonizando.

Josef tenía encañonado al teniente Hull, que, apoyado en un árbol, se apretaba el hombro herido con la mano. Redaeli, tras unos matorrales, contemplaba a la policía indígena, que se aproximaba velozmente.

—Jenny —dijo Peter—, me has salvado la vida exponiendo la tuya. No debiste hacerlo.

—Estoy contenta, Peter —dijo ella con entrecortada voz—. Tú me has dado los únicos instantes verdaderamente dichosos de mi vida. Ahora ya puedo decir que he sido feliz alguna vez. —Luego prosiguió—: Voy a morirme...

—¡No, Jenny, no! —gritó él, haciendo ademán de tomarla en sus brazos y levantarla—. Te llevaremos con nosotros y te curarás pronto.

La muchacha lo detuvo con un débil gesto.

—¡Pobre Peter! —dijo—. Tú sabes que esto no puede ser.

El color azul de sus ojos se hacía por momentos más intenso y su respiración más difícil.

—Peter, dime una cosa. Allá... en Alemania, hay alguien que espera tu regreso... ¿verdad?

El bajó la mirada y notó que sus ojos se nublaban un instante.

—¿Es bonita, Peter? —preguntó, acariciando el rostro del teniente alemán.

—Sí, Jenny, es muy bonita; pero no tanto como tú.

—Gracias, Peter —agradeció ella con una débil sonrisa.

—Quisiera poder hacer algo por ti —gritó él con angustia.

—Puedes hacerlo si quieres. Bésame... una vez más.

Peter se inclinó sobre la muchacha y unió sus labios a los de ella. Cuando se incorporó de nuevo, Jenny había expirado ya. Tenía las mejillas blancas como la nieve y los ojos fijos en el firmamento.

—¡Adiós, Jenny! —dijo Peter, después de depositar con suavidad la cabeza de la joven en tierra—. ¡Nunca te olvidaré!

En aquel momento Josef llegó corriendo hasta su amigo, y asiéndole por un brazo, a viva fuerza le obligó a seguirlo.

Al pasar junto al teniente Hull, Peter se paró un momento.

—¿Necesita usted algo? —preguntó.

—Nada, gracias.

—Siento no habernos conocido en mejores circunstancias.

Rápidos como el viento, los tres hombres desaparecieron en la espesura.

CAPÍTULO XII

LA HUIDA

Durante más de tres horas caminaron incesantemente por la selva a buena marcha, perseguidos de cerca por la policía indígena. Josef jadeaba ruidosamente. Sus pulmones parecían prontos a estallar y todo su cuerpo estaba materialmente cubierto en sudor. Sin preocuparse de la posible presencia de serpientes, que tanto horror le inspiraban, se internaba en la maleza más abigarrada o chapuceaba sin temor en los lodazales y ciénagas. Iba maldiciendo por lo bajo de todo, de los ingleses, de Peter, del agente alemán y de él mismo, y se hubiera alegrado en parte de la aparición de algún reptil, en quien se había prometido desahogar su furor.

Peter, algunos pasos delante de su amigo, corría también cuanto le permitían sus cansadas piernas, sin prestar apenas atención a cuanto le rodeaba. Marchaba como un autómatas, sin comprender exactamente el porqué de aquella huida desenfrenada. Al pasar junto a un árbol seco y resquebrajado, se abrió una profunda brecha en un brazo con una rama demasiado baja, pero no lo notó apenas. Sus manos y pies sangraban abundantemente y el barro que cubría sus heridas hubiera producido un espantoso tormento a otro que no hubiera sido Peter, ajeno por completo a la realidad. Tenía la atención puesta en el recuerdo de la larga serie de acontecimientos que les habían ocurrido en pocas horas. Su partida del «Graft-Spee», la larga caminata por la selva, camino de Capetown; los oficiales ingleses que conocieron en el club nocturno, donde Jenny había cantado para él aquella canción que todavía le parecía estar oyendo; la cena en casa de Redaeli y el perfumado aliento de la

muchacha y, sobre todo, la muerte de ésta en sus brazos. Peter se preguntaba si no habría sido todo un sueño o una pesadilla producto de su imaginación. Pero las maldiciones que Josef iba mascullando continuamente a sus espaldas le hicieron desistir de tal suposición: era realidad; realidad agradable y triste a la vez.

Redaeli era el único que conservaba su sangre fría. Demostrando gran práctica, adquirida sin duda durante su larga permanencia en África, se abría paso entre la espesa vegetación con relativa facilidad, aprovechando las sendas más recónditas y encontrando los atajos más inesperados. De vez en cuando se detenía un momento y escuchaba atentamente para reanudar inmediatamente su vertiginosa carrera.

Llegaron al río en el que tan apuradamente se vieron Peter y Josef la tarde anterior.

—Estas aguas están infestadas de cocodrilos —advirtió Peter a Redaeli.

—Ya lo sé —fue la contestación de éste. Seguidamente extrajo de un paquete cuatro artefactos pequeños, del tamaño de una naranja, que colocó cuidadosamente en tierra.

—Granadas de mano —dijo, dirigiéndose a ambos amigos—. Esto alejará por unos momentos a los saurios. Es posible que llamemos la atención de nuestros perseguidores hacia aquí, pero no es posible hacer otra cosa.

Redaeli tomó una por una las cuatro granadas y, después de arrancarles el seguro de mano, las arrojó al río. Cuatro detonaciones estremecieron la selva y otras tantas columnas de agua se elevaron a considerable altura. Sin desnudarse esta vez, se arrojaron acto seguido al agua, alcanzando poco después la orilla opuesta.

—Lo hemos conseguido —dijo el agente alemán—. ¡Andando!

Caminaron todo el día, si bien a marcha más moderada, y al caer la tarde se hallaban ya fuera del alcance de la policía colonial. Redaeli se detuvo junto a unas rocas enclavadas al pie de una colina no muy alta, y desembarazándose de su carga, se dejó caer a tierra.

—Pasaremos la noche aquí —dijo—. Antes de una hora lloverá, y con tormenta correríamos el peligro de perdernos. Por otra parte, los tres estamos cansados y necesitamos comer algo y reposar unas horas. Con el amanecer haremos el resto del camino.

Josef miró al cielo. Espesas y negras nubes estaban agrupándose

por momentos, adoptando un aspecto sumamente amenazador. Un viento huracanado comenzó a silbar entre los árboles, azotando violentamente su rostro. Sus ropas estaban aún empapadas y sintió frío. Se sentó junto a Peter, que, con la vista baja, parecía ausente a todo.

—¡Vamos, Peter! ¡Anímate un poco! —dijo—. Tú no tienes culpa alguna de lo que ha pasado. Es conveniente que procures sobreponerte, no olvides que aún tenemos que terminar nuestra misión.

Redaeli sacó de un saco una botella de coñac, que tendió a Josef. Éste la descorchó y obligó a su amigo a beber un largo trago. El licor reanimó a Peter, que inmediatamente pareció salir de su abatimiento. Josef sometió a la botella a una dura prueba, sin soltarla hasta que su estómago se lo ordenó imperiosamente.

—Ahora —dijo Redaeli— buscaremos una cueva, abundantes en esta región, donde poder guarecernos. El aguacero será de los grandes.

Después de corta búsqueda, encontraron una pequeña gruta, en cuyo interior se refugiaron. Un rayo, seguido de una deslumbradora luz, rasgó el firmamento y señaló el principio de una horrenda tormenta, tan frecuentes en los trópicos.

Con unos leños secos que encontraron hicieron fuego, a cuyo calor se acercaron. La selva estaba silenciosa. Sus habitantes habían enmudecido, aterrados sin duda por el fragor de los truenos, y éstos y el monótono son de las espesas cortinas de agua que se desprendían de las nubes, turbaban solos el silencio reinante.

—Es necesario que estemos prevenidos. En estas ocasiones las fieras buscan cobijo en cualquier parte, y podríamos tener una desagradable visita.

Redaeli desenfundó su revólver, lo secó cuidadosamente y lo cargó con municiones extraídas de un pequeño estuche de lona impermeable. Peter y Josef le imitaron.

Durante toda la noche no cesó de llover. Con las primeras luces del día reemprendieron la marcha llegando a primeras horas de la tarde al lugar donde dejaran oculto el bote neumático. Pero pese a que lo buscaron detenidamente por todas partes, no pudieron encontrarlo.

CAPÍTULO XIII

EL FIN DE UN ESPIA

—¡Vaya! Sólo nos faltaba esto —dijo Josef—. Y ahora, ¿qué hacemos?

—Pues discurrir —dijo a su vez Redaeli—. Discurrir, a ver si encontramos la forma de alcanzar la motora.

—Estoy completamente seguro de que éste era el lugar.

Peter no dejaba de reconocer la orilla, caminando incesantemente de un lado para otro.

—Y no se equivoca usted —aseguró el agente alemán—. Esta noche pasada el mar ha estado muy movido y seguramente las olas habrán roto la amarra y arrastrado el bote.

—¡Pero si lo dejamos, en tierra! —protestó Josef.

—Exactamente, ¿dónde?

—Allí. Junto a aquellas rocas. —Josef señalaba con el dedo unas rocas situadas a su espalda, a unos cincuenta metros del agua.

—Siendo así —prosiguió Redaeli—, la cosa está clarísima. La marea ha subido mucho, como pueden apreciar por las señales dejadas, y se lo ha llevado.

—Yo ordené a los marineros —dijo Peter— que se acercaran lo máximo posible a la costa. Tal vez podamos localizarlos.

Los tres se pusieron a escudriñar detenidamente el mar. De repente Josef lanzó un grito.

—Allí, allí están. A la derecha, a dos millas aproximadamente de aquí.

Electivamente, en el lugar señalado por Josef pudieron ver un punto negro, indeterminado, pero lógicamente supusieron que se

trataba de la motora. Emplearon más de una hora en gritar, gesticular y agitar ramas y trapos blancos, pero todo fue inútil. Encendieron fuego, esperando que el humo fuera visto por los marineros con facilidad, pero no fue así.

—No podemos pasarnos el día intentando llamar su atención. Supongo que saben ustedes nadar, ¿no? —preguntó Redaeli.

—Creo que es lo único que he aprendido bien en esta vida —aseguró Josef.

—Pues no perdamos más tiempo y procuremos ganar la motora a nado.

Redaeli deshizo rápidamente los paquetes que había llevado consigo y, extrayendo de su interior otros más pequeños, se los ató a la cintura, lanzando lejos el resto de su contenido.

Se arrojaron al agua y comenzaron a nadar. Habían recorrido la mitad del camino, cuando a Peter y a Josef se les heló la sangre en las venas. Redaeli acababa de lanzar un grito, un desesperado chillido, mezcla de espanto, dolor y angustia. Peter se volvió rápidamente y por un momento pudo ver la faz del agente alemán desfigurada por una horrible mueca, antes de que desapareciera bajo las aguas.

—¡Tiburones! —dijo Peter, e inmediatamente se puso a nadar con todas sus fuerzas, siguiendo a Josef, que batía en aquel momento todas las marcas mundiales.

Recorrieron unos trescientos metros sin ser atacados por ningún escualo, y Peter supuso que el que había despedazado a Redaeli sería sin duda un ejemplar aislado. Pero no por eso disminuyeron la marcha.

—¡Nos han visto, nos han visto! —gritó minutos después Josef—. Vienen hacia aquí.

Poco después, ambos amigos, ayudados por los dos marinos, subían a bordo de la motora completamente extenuados.

Como el «Graft-Spee» no les esperaba hasta la noche siguiente, pasaron el resto de aquel día y el otro navegando en torno al lugar señalado por Langdoff para, el encuentro, con gran desesperación de Josef, qué ya había para entonces dado buena cuenta de la botella de jerez.

Por fin divisaron en la lejanía una luz que fue agrandándose a medida que se acercaba, y no tardaron en verse en la cubierta del

acorazado, frente a Langdoff, que les estrechó calurosamente la mano en señal de bienvenida.

Narraron en pocas palabras todo cuanto les había sucedido desde que abandonaron el «Graft-Spee», callando Peter por prudencia lo concerniente a Jenny. Dieron asimismo cuenta al capitán de la muerte de Redaeli y circunstancias de la misma y le informaron de la pronta presencia en aquellas aguas de una poderosa formación naval inglesa integrada por el crucero «Renown», el portaaviones «Arle Royal», con sesenta aparatos, y cuatro destructores. Peter le transmitió también el parecer del agente alemán de que lo más acertado sería dirigirse al Indico, en donde Inglaterra no poseía unidades poderosas, así como de la presencia en aguas de Hispanoamérica de una escuadra formada por los cruceros «Guinberland», «Exeter», «Ajax» y «Achilles». Langdoff les felicitó sinceramente por el feliz éxito de su empresa, así como de la forma como la habían llevado a cabo, y aquella misma noche, mientras el «Graft-Spee» navegaba a toda máquina hacia el Índico, Josef se encerraba en su camarote con un buen cargamento de jerez, regalo del comandante del acorazado.

CAPÍTULO XIV

PERSEGUIDOS

El catorce de noviembre, el corsario alemán navegaba ya por el canal de Mozambique. Había conseguido cruzar la punta del cabo de Buena Esperanza sin novedad, pese a la estrecha vigilancia que los ingleses establecían en aquella zona con barcos de pequeño tonelaje.

Al día siguiente fue avistado un abarco de reducido desplazamiento, el «África Shell», que, tocado por un torpedo, se hundió rápidamente.

El vicealmirante Wells tuvo noticia del hundimiento del «África Shell», exactamente el día dieciocho, y rápidamente se dirigió con la fuerza «K» hacia el meridiano del Cabo con el propósito de interceptar el regreso del «Graft-Spee» al Atlántico, ya que el comandante inglés suponía que, debiendo emprender pronto el buque corsario su regreso a Alemania, aquél era el único camino posible.

La vigilancia de la fuerza «K» fue inútil. Debido al mal tiempo reinante, la aviación no podía despegar, y sin ella era poco menos que imposible dar con el acorazado. En vista de ello, Wells decidió dirigirse a Capetown con objeto de dar descanso a las dotaciones de sus barcos, pero pocas horas después de haber fondeado en la base inglesa, recibió la noticia del hundimiento del «Dorio Star», un mercante de 1086 toneladas, por el «Graft-Spee», a trescientas millas, 270.^o de la frontera sur de Angola. El corsario estaba otra vez en el Atlántico sin que ellos hubieran podido hacer nada para impedirlo.

Wells se encaminó con todas sus unidades a un punto equidistante de Capetown, Port Stanley y Río Janeiro, desde el cual podía acudir a toda prisa hacia el lugar en que fuera localizado el «Graft-Spee». Pero Langdoff, sospechando la maniobra de Wells, se dirigió hacia el sur del Atlántico, pese a que con ello corría el peligro de caer bajo los cañones de la flota de Sudamérica, menos poderosa que la fuerza «K», pero temible enemigo.

Dicha flota de Sudamérica, mandada por el comodoro Harwood, estaba formada por cuatro cruceros: el «Cumberland», de diez mil toneladas, con ocho cañones de 208 milímetros, otros ocho de 102 milímetros y ocho tubos lanzatorpedos de 533 milímetros. Desarrollaba treinta y dos nudos de velocidad. El «Exeter», de ocho mil trescientas noventa toneladas, armado con seis cañones de 203 milímetros, ocho de 102 milímetros, varios antiaéreos y ocho tubos lanzatorpedos de 533 milímetros. Su velocidad alcanzaba los treinta nudos y medio, poco más que el «Cumberland». El «Ajax» desplazaba siete mil toneladas e iba armado con dieciséis cañones, ocho de 152 milímetros y ocho de 102 milímetros, antiaéreos y ocho tubos lanzatorpedos de 533 milímetros. El «Achilles» era de las mismas características que el anterior.

En los primeros días de diciembre, el «Cumberland» se hallaba en Port Stanley, efectuando diversas reparaciones. Harwood no disponía, pues, más que del «Exeter», el «Ajax» y el «Achilles», viéndose obligado a mantenerlos muy separados para cubrir una extensa zona de más de dos mil millas.

El tres de diciembre, el comodoro recibió la noticia del hundimiento del «Doric Star» por el «Graft-Spee», que se suponía en el Índico. La presencia del corsario en aguas del Atlántico fue posteriormente confirmada por el vapor holandés «Mapia».

Harwood supuso que después del hundimiento del «Doric Star», el acorazado alemán cambiaría rápidamente de posición, dirigiéndose hacia el Sudoeste o hacia el Norte. En este último caso la fuerza «K» le cortaría el paso; pero si se dirigía hacia el Sudoeste debería hacerle frente él con sus tres cruceros inferiores al «Graft-Spee». Llegó a la conclusión que éste podría aparecer en la madrugada del día doce de diciembre en la zona de Río de Janeiro; en la tarde del doce o en la mañana del trece, en el estuario del Río de la Plata, o bien en la tarde del catorce, en aguas de la isla

Falkland. ¿Adónde acudir? Con acierto se decidió al fin por el punto central, es decir, el estuario del Plata, en donde el tráfico marítimo era considerable. En mensaje radiofónico dio a sus buques «Exeter» y «Achilles» punto de reunión para la mañana del día doce, a ciento cincuenta millas al 10.º del estuario del Río de la Plata.

Estudiado detenidamente el problema, el comodoro inglés llegó a la conclusión de que si el encuentro se producía antes del día diecisiete tendría que hacer frente el solo al «Graft-Spee», pues el día doce la fuerza «K» se hallaba aún muy lejos, a mil quinientas millas aproximadamente del punto de reunión. ¿Debería limitarse a establecer contacto a espera de los cañones del «Renown» y los Stucas del «Ark Royal»? Pero dicho contacto podía perderse de noche, y durante el día la visibilidad debería ser constantemente superior al alcance de los cañones del corsario. Tales razones le hicieron desistir del simple mantenimiento de contacto y decidirse por el combate, jugando hábilmente el poder artillero de sus cruceros con su fraccionamiento en tres grupos, y con la movilidad de los mismos, superior a la de su poderoso adversario. Éste disponía de tres torres triples de 280 milímetros y de cuatro cañones por banda de 150 milímetros, por lo que Harwood opinó que lo más acertado sería formar dos grupos nivelados, uno integrado por el «Exeter» y el otro formado por el «Ajax» y el «Achilles», que atacaran al acorazado por ambos lados.

El tres de diciembre el «Graft-Spee» hundió al «Tairoa» frente a las costas de África, arrumbando seguidamente hacia América por dos razones: primera, para alejarse de parajes donde había sido localizado, y segunda, porque después del hundimiento del petrolero «Ussukuma» por los ingleses, el problema de abastecimiento de carburantes se había hecho sumamente difícil y la situación comenzaba a ser apurada para el corsario alemán, que agotaba rápidamente sus últimas existencias. Por otra parte, los ingleses, enterados de que el vapor «Tacoma», fondeado en el puerto de Montevideo, cargaba gasoil y víveres para el «Graft-Spee», lo esperaba a la salida del estuario del Plata.

El día siete el acorazado de bolsillo dio caza al «Streonshalm», de 3895 toneladas, al cual atacó con su artillería del doscientos ochenta, navegando luego en dirección al Plata. El día trece vio por su aleta de babor, en el límite del horizonte, unos humos y arrumbó

hacia ellos para reconocerlos.

CAPÍTULO XV

EL SECRETO DE PETER

Desde su regreso al «Graft-Spee», Josef pudo apreciar un gran cambio experimentado en Peter. Si estaba libre de servicio, se pasaba la mayor parte del día encerrado en su camarote o paseando por cubierta solo y pensativo. Si alguien le dirigía la palabra, limitábase a contestar con monosílabos o con simples movimientos de cabeza. Josef procuraba inútilmente hacer reaccionar a su amigo y sacarlo del abatimiento que lo embargaba. Ciertamente era que Peter había sido siempre, o al menos desde que él lo conocía, un tanto raro, pero últimamente se había agudizado considerablemente su extraña manera de ser.

Una noche, mientras el «Graft-Spee» navegaba rumbo a América, Josef salió a cubierta con intención de pasear un poco antes de acostarse. El cielo estaba despejado y la luna, en toda su esplendor, se reflejaba en el mar ligeramente rizado. Soplaban una agradable brisa, de la que Josef saturó sus pulmones. Se asomó a la borda encendiendo un cigarrillo.

No habían transcurrido cinco minutos, cuando una sombra que surgió de la oscuridad se le acercó.

—¡Hola, Josef!

—Buenas noches, Peter —saludó aquél.

—No podías dormir, ¿eh?

—No. Hace demasiado calor.

Ambos hombres fumaron un buen rato en silencio. Por fin Peter, arrojando su cigarrillo al agua, se volvió hacia su amigo.

—Esto se está poniendo feo —dijo—. Ya debíamos estar de

regreso y aún nos hallamos en pleno Atlántico acosados por todas partes y sin saber a ciencia cierta a dónde nos dirigimos.

—Confío en Langdoff —aseguró Josef, tranquilamente—. El sabrá sacarnos del atolladero.

—Langdoff no es infalible. Sin víveres y combustible, ni a él le es posible hacer nada. El

gas-oíl

se está acabando por momentos y escasean los obuses y los torpedos. Wells y Harwood van cerrando el cerco sobre nosotros y no tardarán ya en darnos caza. Me parece que el «Graft-Spee» no regresará nunca a Alemania.

—Ésta es una visión muy pesimista de la situación —dijo Josef, si bien él también pensaba como su amigo.

Peter encendió otro cigarrillo, y después de aspirar una bocanada, dijo:

—No sé exactamente qué ocurrirá, pero por si las cosas fueran mal y yo no pudiera volver a Alemania, quiero que escuches atentamente una historia que repetirás a Emmi tal como voy a contártela. Después, ruégale que me perdone.

Josef se dispuso a no perderse una sílaba de lo que iba a oír. Por fin conocería el secreto que tan celosamente había guardado Peter durante tanto tiempo.

—Yo —comenzó su amigo—, maté al padre de Emmi.

Se hizo un profundo silencio que fue roto al fin por una carcajada de Josef.

—Pero ¿qué tonterías estás diciendo? El padre de Emmi murió despedazado por una mina que estalló cuando se procedía a la carga del «Staal».

—Exacto —confirmó Peter—. No fui el autor material, es cierto; pero aquella mina no estaba destinada a causar la muerte del teniente Schabrucker, sino la mía.

—No te entiendo —dijo Josef.

—Ahora me comprenderás. Cuando recién salido de la Academia fui destinado al «Staal», conocí en dicho buque a un teniente del mismo, el padre de Emmi, y nos hicimos enseguida buenos amigos, a pesar de ser él mucho mayor que yo. Schabrucker no procedía de la Academia, sino que había alcanzado su graduación tras largos años de servicio en la Armada. Carecía tal vez de conocimientos

teóricos, pero en cuanto a práctica daba ciento y raya a cualquier oficial de las actuales promociones. De él aprendí la mayoría de los conocimientos que poseo, y le divertía mucho ver cómo para calcular un ángulo de tiro sencillo me enfrascaba en complicadas operaciones matemáticas que juzgaba totalmente innecesarias. Era una excelente persona y desde el capitán al último marinero lo apreciaban y respetaban. Hacía muchos años que había contraído matrimonio con una muchacha, me refiero a la madre de Emmi, que entró al cabo de poco tiempo en posesión de una cuantiosa fortuna por muerte de su padre. No obstante los deseos de su mujer, Schabrucker no quiso dejar la Marina, primero porque sentía hacia ella verdadera vocación y en segundo lugar porque no le parecía decente vivir a costa de un dinero que no le pertenecía. Tal vez su criterio era algo exagerado, pero se mantuvo firme en él.

»Por aquel entonces —prosiguió Peter— la Marina efectuaba muchas prácticas, y el “Staal”, al igual que otros buques, permanecía la mayor parte del tiempo navegando. Un día, después de una larga ausencia, fondeamos en un puerto militar alemán con objeto de cargar nuevo material y hacernos a la mar al día siguiente. La mayoría de los oficiales tenían ganas de divertirse un poco en tierra, y con el correspondiente permiso del comandante del buque se desperdigaron por la ciudad. Daba la casualidad que precisamente aquel día estaba yo de servicio y mi misión consistía en inspeccionar la carga, vigilando que se efectuara con toda normalidad. Pero como el trabajo no debía empezar hasta las siete de la tarde para concluir a medianoche, opté por acompañar a mis amigos el tiempo que me quedaba libre. Comimos en un típico restaurante famoso por la calidad de sus vinos, y yo abusé de ellos. Después recorrimos parte de la ciudad, deteniéndonos en cuantos bares y cafés encontrábamos a nuestro paso, y el resultado fue que cuando llegó la hora de regresar al “Staal” para entrar de servicio, estaba completamente borracho. Sehabrucker intentó reanimarme y convencerme para que me marchara, ya que el incumplimiento de mi trabajo podía reportarme serios perjuicios, pero yo me empeñé, completamente dominado por los vapores del alcohol, en quedarme con ellos. Recuerdo que insulté al padre de Emmi y le dije que yo haría lo que me diera la gana. Él, haciéndose cargo de mi estado, y para que mi ausencia no fuera notada, me reemplazó. Una hora

después, una mina defectuosa estalló mientras se procedía a cargarla en el “Staal”, matando a cuatro hombres, tres marinos y el teniente Schabruker.

Peter calló. Josef lo contemplaba conteniendo la respiración y con una mueca de estupor en su rostro.

—Desde entonces —continuó Peter— no he podido apartar de mí la horrible obsesión de que yo fui el culpable de su muerte, de que yo lo maté. El que hasta entonces había sido mi mejor compañero, había muerto horriblemente a causa de mi incalificable conducta. El capitán del «Staal» no se enteró de momento de la sustitución llevada a cabo y los otros oficiales que estaban en el secreto, callaron. Pero a mí no me era posible aguantar por mucho tiempo aquella situación y un buen día fui a ver a la madre de Emmi y se lo conté todo. Nunca olvidaré el esfuerzo que me fue preciso hacer para terminar mi relato. La señora Schabruker me escuchó atentamente hasta el final sin exteriorizar resentimiento o emoción alguna. En su cara sólo se reflejaba una profunda tristeza. Cuando concluí me dijo:

—Hijo mío, no le creo más culpable que a los otros. Harold me había hablado en varias ocasiones de usted. Sabía que eran buenos amigos y me consta que el proceder de usted hubiera sido idéntico el suyo en circunstancias opuestas.

—Me pareció —dijo Peter prosiguiendo en su relato— que desaparecía de mis espaldas el peso de una montaña, que volvía a la vida. Pero la señora Schabruker quiso entonces que conociera a su hija, a la hija de mi amigo, y, sangrante ironía, me enamoré locamente de Emmi y ella de mí. Su madre me pidió que no hiciera saber nunca a su hija la verdad, pues según creía, a Emmi le sería más difícil perdonarme y comprender, cosa de la que ella estaba segura, que no fue mi comportamiento el causante de la muerte de su padre. Pasaron algunos días, y asqueado de mi cobardía, comparecía ante el capitán del «Staal» y se lo conté todo también. Se me formó un consejo de guerra, pero poco tiempo después, ignoro aún por qué, se archivó el procedimiento y se me reintegró a mi puesto. Desde entonces he intentado muchas veces alejarme de Emmi, pero no he podido hacerlo; la quiero demasiado. En infinitad de ocasiones he estado tentado de decirle la verdad de lo ocurrido, pero el miedo a perderla me lo ha impedido. No quiero

seguir más esa farsa, y estoy decidido a que lo sepa y que me juzgue como estime conveniente. No podría vivir a su lado con un secreto así entre los dos. Pero. —Peter clavó los ojos en Josef—, por si ocurriera lo peor y no pudiera volver a Alemania, prométeme que tú se lo contarás todo tal como yo te lo he contado a ti.

—Tienes mi palabra, Peter —dijo Josef solamente.

CAPÍTULO XVI

LA BATALLA

En la madrugada del 13 de diciembre la división de Harwood se encontraba a doscientas millas al 110.º del Río Grande del Sur. El tiempo era bueno, el cielo claro, la visibilidad excelente, brisa fresca del Sureste y mar ligeramente tendida en la misma dirección. A las seis horas quince minutos, los servicios del «Ajax» señalaron un humo en demora 320.º. Todos los gemelos se volvieron, y el «Exeter» recibió orden de reconocer el humo señalado. El comandante de dicho buque comunicó al jefe de la flota, comodoro Harwood, que se hallaba en el «Ajax», que las características del vapor eran las de un acorazado de bolsillo. No podía ser otro que el «Admiral Graft-Spee», el temido corsario buscado insistentemente durante tantos meses. La gran mole se aproximaba a considerable velocidad y los ingleses maniobraron dividiéndose en dos bandas. El «Exeter» metió su caña a babor para presentar su banda de estribor al acorazado. Por su parte el «Graft-Spee» navegaba al 125.º y catorce nudos cuando reconoció a la división inglesa a

19 000
metros.

Langdoff ordenó tocar a zafarrancho de combate y en pocos segundos el buque corsario cobró una vida inusitada. Los hombres corrían en todas direcciones a ocupar sus correspondientes puestos. Los oficiales distribuían a los marineros en los lugares apropiados al caso, y los cañones de las tres torres comenzaron a girar lentamente. El comandante del acorazado, comprendiendo que la huida era totalmente imposible, ya que los cruceros enemigos superaban al «Graft-Spee» en velocidad, se dispuso a presentar batalla a los tres barcos ingleses a la vez, combatiendo por ambas

bandas. El viento era favorable para barrer el humo de los disparos y la visibilidad magnífica. Langdoff destinó una torre de 280 milímetros al «Exeter», otra al «Ajax» y los cuatro cañones de 150 milímetros al «Achilles». El «Graft-Spee» cayó a babor lo necesario para meter el enemigo en el sector de máxima ofensa, es decir, en aquel que permite emplear a un tiempo toda la artillería de grueso calibre.

Cuatro minutos después del avistamiento, a las 16'18, el «Graft-Spee» abrió fuego contra el «Exeter» y el «Ajax» con los cañones de 280 milímetros, a la distancia de

18 500

metros. A las 6'20 lo hizo el «Exeter», a las 6'21 el «Ajax» y a las 6'23 el «Achilles». El comandante del acorazado alemán se dio cuenta enseguida de la maniobra enemiga, que pretendía cogerlo entre dos bandas, y ordenó concentrar todo el fuego sobre el «Exeter» para acabar con él. La distancia se había reducido a

16 500

metros, y el tiro alemán era perfecto. La primera salva cayó corta, la segunda larga y la tercera horquilló el buque. El «Exeter» recibía una verdadera lluvia de metralla que iba mermando por momentos su capacidad combativa. A las 6'23 un pique de 280 milímetros mató a todos los sirvientes del montaje de tubos lanzatorpedos, averió las transmisiones y acribilló las chimeneas y toda la cubierta. A las 6'24 la torre B recibió un impacto centrado, dejándola fuera de combate, barrió el puente y sólo el comandante del buque y dos marineros quedaron ilesos. Otro impacto destrozó el timón y las transmisiones del puesto de mando de popa y sólo una torre respondía al fuego del corsario alemán. Al capitán no le quedó otro recurso que ir a cubierta y dirigir desde la escotilla de gobierno a mano las órdenes a las máquinas, a la artillería y a los tubos. A las 6'26 otros dos impactos a proa ocasionaron nuevas averías, incendios y muchas bajas. Escasamente en tres minutos el «Graft-Spee» había inutilizado al «Exeter» con fuego rápido, manteniendo al «Ajax» y al «Achilles» alejados con sus cañones de 150 milímetros. Pero a las 6'30, Langdoff ordenó que los cañones del 280 fueran dirigidos contra el «Ajax» y que el acorazado se aproximara al crucero ligero para destruirlo. Éste y su gemelo el «Achilles» habían empleado hasta entonces dieciséis cañones de 152

milímetros por sólo cuatro de 150 milímetros el «Graft-Spee»; por ello el comandante alemán dispuso que se dedicara a ellos una torre del 280. La maniobra del acorazado metió al «Exeter» dentro de la zona de lanzamientos, cosa que fue aprovechada por el capitán inglés disparando tres torpedos que no consiguieron su objetivo, ya que Langdoff, ocultándose tras una cortina de humos, los esquivó fácilmente.

El «Exeter» recibió poco después dos nuevos impactos. El primero destrozó la torre A y el segundo atravesó el buque, produciendo en su interior grandes incendios. Para entonces el crucero inglés tenía las dos torres de proa fuera de combate. Todas las transmisiones, destrozadas. Los repetidores de la aguja giroscópica, averiados. Algunos compartimientos estancos, inundados. Diversos focos de incendios. Todos los torpedos, disparados y muchos muertos y heridos. Sólo le quedaban los dos cañones de popa de 203 milímetros, pero su eficacia era ya casi nula. El fuego obligó a inundar los pañoles y suspender el fuego. Por fin, el «Exeter», envuelto en llamas, metió a babor y abandonó el combate, arrumbando hacia las Malvinas, llegando el día dieciséis a Port Stanley.

El «Ajax» catapultó entonces un avión de reconocimiento de los dos «Seafox» que llevaba, ya que uno de ellos estaba destrozado por la metralla del «Graft-Spee». A las 6'40 un pique del 280 causó grandes destrozos en el «Achilles» y el comandante cayó gravemente herido. A partir de este momento el corsario alemán se retiró tras varias cortinas de humos perseguido por los cruceros ligeros ingleses, más rápidos y con dieciséis cañones de 152 milímetros, arrumbando hacia Montevideo. Los ingleses maniobraban a distancia por temor a los cañones del 280 del «Graft-Spee», y se produjo el mayor choque de todo el combate. El «Ajax» fue horquillado enseguida y a las 7'24 se alejó a toda máquina, lanzando cuatro torpedos a babor. A las 7'25 un disparo del 280 dejó fuera de combate la torre X del «Ajax» y agarró la T, no pudiéndose servir en lo sucesivo más que de las dos torres de proa. El avión de reconocimiento se aproximó al corsario alemán, pero el fuego de la artillería antiaérea le obligó a alejarse rápidamente. El «Graft-Spee» se cubrió nuevamente tras una densa cortina de humos, lanzando a las 7'30 varios torpedos que los cruceros

enemigos pudieron maniobrar. Harwood optó entonces por romper el contacto balístico y alejarle lo máximo posible sin perder de vista al acorazado. Su intención era esperar la llegada de la noche y al amparo de la obscuridad procurar aproximarse a él y batirlo. Apenas había iniciado la operación, cuando un impacto del 280 derribó al mastelero del «Ajax». A las 7'50 la distancia entre los cruceros ingleses y el «Graft-Spee» pasaba de los 20 000 metros.

CAPÍTULO XVII

RUMBO A MONTEVIDEO

A las ocho horas del día trece, el
«Graff Pee»

navegaba a veintidós nudos rumbo al Río de la Plata, perseguido por los ingleses fuera del alcance de los cañones del 280. El «Cumberland» se hallaba en Port Stanley y la fuerza «K» navegaba hacia Río de Janeiro para petroleo y perseguir al corsario si éste se internaba en el Atlántico. El «Cumberland» recibió entonces orden de incorporarse al grueso de la flota de Sudamérica y navegaba ya a toda máquina hacia el Norte.

Si bien el «Graft-Spee» no tenía grandes averías, y su artillería, máquinas y gobierno en general funcionaban perfectamente, el combustible era escaso y le quedaban municiones para treinta minutos de combate. Los víveres escaseaban y había que reparar algunas averías, principalmente en las cocinas y panaderías, que se hallaban destrozadas por el fuego de los cruceros ingleses. En tales condiciones, el «Graft-Spee» no podía hacer otra cosa que dirigirse a un puerto neutral y rellenar de combustible, cargar víveres y reparar los desperfectos de acuerdo con las normas de Derecho Internacional.

A primeras horas de la noche el «Achilles» se aproximó al acorazado hasta una distancia de

19 000

metros, pero dos salvas, una corta y otra centrada, del «Graft-Spee» le obligaron a alejarse, emitiendo una cortina de humo. Langdoff ordenó que los disparos se efectuaran con los cañones de proa para

hacer creer a los ingleses que los de popa estaban averiados. La estratagema surtió efecto. Poco después el «Ajax» y el «Achilles» se aproximaron nuevamente, siendo batidos con fuego rápido por los cañones de popa.

A las once de la mañana apareció un buque mercante inglés, el «Shakespeare», pero el «Graft-Spee» no lo hundió, ya que a Langdoff no le pareció bien hacerlo sin salvar antes a la tripulación. El vapor inglés se salvó, pues, gracias al noble comportamiento del comandante alemán. Éste, sin embargo, intentó valerse de aquel encuentro para aumentar la distancia entre él y sus perseguidores. Para ello emitió un mensaje a los cruceros ingleses en el que decía que recogieran los naufragos del barco mercante. Pero el truco no surtió efecto.

Desde aquel momento los ingleses radiaban cada media hora la situación y rumbo del corsario, para que los mercantes que se hallaban en su camino pudieran alejarse a toda máquina.

A las 19'15 el «Graft-Spee» lanzó dos salvas al «Ajax», a 24 000

metros, que fueron extraordinariamente precisas, obligando al crucero a alejarse rápidamente.

El estuario del Plata tiene tres entradas. Una al Norte, entre la costa uruguaya y el banco inglés. Otra en el centro, entre el banco inglés y el banco Ramen, y una tercera al Sur, entre éste y el cabo San Antonio. La segunda tiene diecisiete millas de longitud y la del Sur cuarenta. Harwood temía que Langdoff fingiera dirigirse hacia Montevideo y escapar a alta mar por otra salida. Hizo esperar al «Achilles» en la salida Norte y fue él a la Central. La Sur quedó sin vigilar, ya que el «Cumberland» no había llegado aún. El «Achilles» fue siguiendo al acorazado, recortado por la luna, y disminuyendo distancias a medida que aumentaba la obscuridad. El crucero inglés arrumbó un poco hacia el NO., para llevar a coincidir la línea de demora al «Graft-Spee» con el azimut del sol. A las 20'55 el buque alemán disparó contra el «Achilles», causándole averías y obligándole a ocultarse tras una cortina de humos. Pero el crucero inglés había tenido tiempo de disparar también, contestando al fuego alemán, y sus impactos fueron a dar cerca de la torre de proa del acorazado, sin causar graves daños materiales, pero produciendo algunos muertos y bastantes heridos. Entre éstos

figuraban Peter y Josef. El primero se desplomó con un pedazo de metralla incrustada en la cabeza y el segundo fue proyectado contra una plancha de acero, fracturándose una pierna. Peter, que se hallaba tendido sobre un charco de sangre, fue recogido enseguida y conducido a la enfermería del buque, apreciándosele una herida muy cerca del ojo izquierdo, junto a la sien. Josef tenía el fémur de la pierna derecha astillado por varios puntos y diversas heridas de menos importancia.

Mientras tanto, el corsario había llegado a siete millas de la entrada del puerto de Montevideo, recortándose en las luces de la ciudad. Poco después fondeaba en los muelles de la capital del Uruguay y a las 23 horas cesaba la persecución.

Como los ingleses ignoraban, cuándo abandonaría el «Graft-Spee» el puerto de Montevideo e incluso cabía la posibilidad de que lo intentara aquella misma noche, optaron por no quedarse en las salidas del Río de la Plata, ya que se recortaban contra el cielo, alejándose mar adentro en busca del «Cumberland», que llegó a las veinte horas del día catorce de diciembre.

Quando el «Graft-Spee» hubo fondeado, Langdoff dispuso que se desembarcaran los heridos, alojándolos en un hospital que el Gobierno uruguayo puso a su disposición. Entre ellos iban Peter y Josef.

Las lesiones de Josef, pese a su aparatosidad, no revestían carácter grave. Tan sólo el fémur roto dio algún trabajo, pero al fin fueron colocados los huesos en su sitio, enyesándosele la pierna y parte del cuerpo. Lo de Peter era otra cosa. La metralla le había interesado diversos tejidos importantes, produciendo, además, abundantes desgarros. Al principio nadie confió en salvarlo, pero poco a poco fueron creciendo las esperanzas, hasta que un día el médico que lo atendía lo declaró fuera de peligro. Su amigo, que ocupaba una cama contigua a la suya y que se preocupaba más de las heridas de Peter que de las propias, no pudo ocultar su alegría.

—¿Es amigo suyo? —le preguntó el médico un día.

—Sí.

—¿Conoce a su familia?

—Carece de ella.

—En tal caso —prosiguió el médico— a usted le incumbe darle una mala noticia. Su amigo quedará completamente ciego.

Josef sintió que su cuerpo se inundaba de sudor frío. Con los ojos terriblemente dilatados y la boca entreabierta, contemplaba al doctor como si no hubiera comprendido bien lo que éste quería decirle.

—Dentro de unos días —dijo el médico— le quitaré la venda que le cubre la cara. Al principio seguramente podrá ver aún algo, pero pronto, antes de sesenta días, perderá para siempre la vista. Lo siento. No será agradable para usted el decírselo.

Cuando el doctor salió de la sala, Josef se reclinó en la almohada y clavó su mirada en el techo de la habitación. Mil disparatados pensamientos se amontonaban desordenadamente en su imaginación.

CAPÍTULO XVIII

EL FIN DEL «GBAF SPEE»

Langdoff solicitó y obtuvo de las autoridades uruguayas autorización para que su buque pudiera permanecer quince días, tiempo que juzgaba necesario para abastecer y reparar el acorazado, en el puerto de Montevideo. Pero luego, debido sin duda a presiones inglesas, se designó una comisión de técnicos que dictaminaron que las averías del «Graft-Spee» podían ser reparadas en el plazo de setenta y dos horas.

Al emitir tal dictamen evidentemente no se tuvieron en cuenta los desperfectos que el acorazado había sufrido en las cocinas y panaderías, de las cuales tenía que alimentarse una dotación de mil hombres. Si el convenio internacional de La Haya prescribe que todo barco de guerra que fondee en un puerto neutral podrá abastecerse en el mismo de lo necesario para su navegación, sin acrecentar, sin embargo, su capacidad combativa, y dentro de lo que un buque puede hacer sin acrecentar dicha capacidad es aprovisionarse de combustible que le permita alcanzar un puerto de su nación, evidentemente dentro de lo que lo es permitido, también está el reparar los desperfectos habidos en sus cocinas y panaderías, sin cuyo funcionamiento la dotación no podida comer ni, por consiguiente, el barco navegar. Pese a las gestiones hechas por la representación alemana, nada pudo conseguirse, y el «Graft-Spee» se dispuso a cargar el petróleo necesario para hacerse a la mar. Los trabajos de aprovisionamiento fueron interrumpidos varias veces por obra de los ingleses, pero al fin el trabajo quedó concluido.

Langdoff determinó abandonar Montevideo en la noche del

dieciséis al diecisiete, ya que sólo de noche el «Graft-Spee» tenía alguna posibilidad de poder escapar burlando a los cruceros ingleses. Pero el comandante del acorazado recibió de las autoridades del puerto un escrito por el que se le hacía saber que el buque no podría partir hasta no haber expirado el plazo de veinticuatro horas desde la salida del mercante inglés «Dunster Grageu», que se había hecho a la mar a las 18'15, de acuerdo con lo que prescribía el artículo dieciséis del acuerdo XLII del convenio de La Haya. Con ello se obligaba a Langdoff a no salir antes de las 18'15 del día diecisiete ni después de las 20 horas del mismo día, señalándole momento y medida para abandonar el puerto en pleno día. Fuera le esperaban el «Cumberland», el «Ajax», el «Achilles», la fuerza «K» y el acorazado francés «Dunkerque», que casualmente se hallaba en aquellas aguas. Aun suponiendo que el «Graft-Spee» lograra romper el contacto con los buques de Harwood, los aviones del «Ark Royal» lo localizarían enseguida, y el «Renown» y el «Dunkerque» acabarían con él. Salir en tales condiciones significaba la destrucción del buque, o, todo lo más, ensombrecer el fácil triunfo inglés con el hundimiento de algún crucero ligero.

Entonces la legación alemana en Buenos Aires hizo gestiones para que el «Graft-Spee» pudiera, en el mismo Buenos Aires o en otro puerto, reparar averías. Pero dichas gestiones fracasaron.

Como el internamiento del buque, en cuanto a su seguridad personal, no era del agrado del III Reich, éste ordenó que el acorazado fuera volado. Langdoff recibió la orden, pálido como la nieve. Seguramente él hubiera preferido morir combatiendo cara al enemigo, que poner punto final a las gloriosas páginas escritas por su buque hundiéndolo en las verdosas aguas del Mar de la Plata. Pero como su sentido de la disciplina no le permitía discutir órdenes superiores, las acató resignado y se dispuso a cumplirlas al pie de la letra. Ordenó que quinientos hombres fueran trasladados al «Tacoma», fondeado aún en Montevideo, y desembarcar el resto de los heridos que por su carácter leve habían permanecido a bordo. A las 18'18 el «Graft-Spee» desamarró y abandonó el puerto seguido del «Tacoma». A algunas millas fuera de él, el resto de la tripulación se trasladó al petrolero después de sepultar en el mar, convenientemente lastrados, los cadáveres de los marinos muertos en el combate, única tumba que por su majestad era digna de su

hazaña.

Una tremenda explosión que retumbó por el espacio como un grito de dolor, estremeció a los marinos alemanes que desde el «Tacoma» contemplaban la agonía del buque. El acorazado escoró violentamente a estribor. Al poco rato, otra explosión hizo faltar por los aires una de las torres de 280 milímetros y el «Admiral Graft-Spee» se hundió para siempre bajo las aguas del Atlántico. Langdoff, con los ojos húmedos, saludó por última vez al barco con el que tantas hazañas realizara por el Océano al servicio de su patria, y dando media vuelta, se encaminó en una motora hacia Montevideo.

Peter y Josef se hallaban cómodamente sentados en sus camas del hospital. Al primero le había sido quitada ya la venda que cubría sus ojos y, tal como el doctor dijo a Josef, veía relativamente bien.

—He de reconocer que he tenido mucha suerte —dijo—. Si este pedazo de metralla me hubiera tocado dos centímetros más atrás, me hubiera fulminado en el acto.

—Sí, Peter, has tenido suerte —dijo a su vez Josef, contemplando con pena a su amigo.

—Y tú, ¿cómo te encuentras?

—¡Perfectamente! —aseguró Josef—. Lo mío no tiene importancia.

—Noto como una nube delante de los ojos —dijo Peter, pasándose la mano por la frente—. Es natural, la herida es grave y aún me resiento de ella.

Su amigo bajó los ojos al suelo, y luego, como haciendo un gran esfuerzo, dijo:

—Oye, Peter. Es preciso que sepas una cosa. —Josef dudaba, las palabras se le resistían a salir y no sabía cómo enfocar la cuestión.

—Tú dirás.

Iba Josef a hablar, cuando una enfermera entró, seguida de Langdoff. El capitán alemán se dirigió en línea recta hacia ambos amigos y les tendió la mano.

—Ya me han informado que están ustedes muy restablecidos, de lo cual me complazco mucho.

Hablaron durante un buen rato. Por fin Langdoff se levantó de la silla que ocupaba, y dirigiéndose a ambos, les dijo:

—Dentro de poco serán ustedes repatriados. Nuestros

representantes en Uruguay lo han arreglado todo para que los heridos puedan ser enviados lo antes posible a Alemania. Allí acabarán de curarse. —Luego, tendiendo un sobre blanco a Peter, prosiguió: Le ruego que visite usted a mi familia, vive en Berlín, y en el sobre consta su domicilio. Cuénteles lo sucedido, dígales que me acuerdo mucho de todos y de esta carta a mi mujer.

—Descuide, mi capitán, así lo haré.

Langdoff se despidió de ellos y se encaminó a la puerta. Había andado unos pasos cuando se volvió lentamente y dijo:

—Estoy muy satisfecho de haberles tenido a mis órdenes. —Poco después abandonaba la habitación.

Al día siguiente Peter y Josef se enteraban de que Hans Langdoff se había quitado la vida disparándose un tiro en la sien^[1]. Guiado por un equivocado concepto del honor, el que hasta entonces había gobernado con tanto acierto el acorazado alemán «Admiral Graft-Spee» no quiso sobrevivir a su barco. Sin tener en cuenta que con ello nada mejoraba, pues, además de las razones de índole moral, la patria podía exigirle mayores servicios en el futuro.

—Todos hemos perdido con su muerte —dijo Josef, intensamente afectado—. Langdoff ha perdido la vida, Alemania un gran marino y nosotros un buen amigo.

CAPÍTULO XIX

REGRESO A LA PATRIA

La representación alemana en Montevideo consiguió pronto del Gobierno uruguayo autorización para que los heridos de la dotación del «Graft-Spee» pudieran ser repatriados a Alemania. Y así, dos semanas después de que el acorazado fuera volado por su tripulación, cincuenta hombres, entre los que se hallaban Peter y Josef, fueron embarcados en un vapor argentino rumbo a Europa.

Una mañana en que ambos amigos se hallaban en cubierta contemplando la estela que tras sí iba dejando el buque, le pareció a Josef que era el momento indicado para hacer saber a Peter su gran desgracia.

—Estoy contento de poder regresar a Alemania —dijo, para iniciar la conversación de alguna manera—, pero siento dejar estos mares que guardan para nosotros tantos recuerdos.

—Lo mismo me ocurre a mí —aseguró Peter— no olvidaré fácilmente todo esto.

—¿Te acuerdas de Capetown y de los apuros que pasamos huyendo de los ingleses?

—Sí, y de Jenny también. Me salvó la vida a costa de la suya. Siempre la recordaré.

—Oye, Peter —dijo entonces Josef, llevando la conversación al terreno que deseaba—. ¿Has vuelto a notar molestias en tus ojos?

—Con mucha frecuencia, y cada vez mayores —contestó su amigo, intentando arrancarse con ambas manos un velo invisible—. Tan pronto llegue a Alemania iré a ver a un buen especialista; empiezo a estar alarmado.

Josef tragó saliva, abrió y cerró la boca varias veces y, por fin, comprendiendo que antes o después tendría que saber la verdad, se decidió.

—El día que nos visitó Langdoff en el hospital, intenté decirte algo que has de saber, que necesitas saber. Su llegada me interrumpió, pero ahora es preciso que me escuches. —Josef tenía el rostro amarillo, casi sin color, y sus palabras eran inseguras y torpes. Pero haciendo un gran esfuerzo, prosiguió—: La herida que recibiste en la cabeza es mucho más grave de lo que crees, Peter.

—¿Grave, dices? ¡Pero si el médico me aseguró que no era peligrosa!

—No pone en peligro tu vida, es cierto; pero la metralla te interesó los nervios ópticos y antes de dos meses... habrás perdido la vista. —Por la frente de Josef se deslizaban gruesas gotas de sudor.

—¿Qué dices? —preguntó Peter, como si no hubiera entendido bien.

—Me has comprendido perfectamente, Peter. Siento haber tenido que darte tan mala noticia, pero el doctor me recomendó en varias ocasiones que lo hiciera.

—¿Quiere decir esto que no volveré a ver nunca más? ¿Qué seré ciego?

—Desgraciadamente, así es —dijo Josef, poniendo una mano en el hombro de su amigo.

Por un momento Peter se quedó inmóvil, como una estatua, con la mirada perdida en el mar. Luego fue girando lentamente sobre sí mismo y echó a andar sin rumbo fijo, sin saber exactamente adónde se dirigía. Luego se detuvo, llevándose las manos a la cara y, dejándose caer en un banco adosado a la pared, exhaló un sollozo de desesperación.

Algunos días después el buque fondeó en un puerto alemán y los heridos fueron bajados a tierra e instalados en un hospital militar. A Peter se le efectuaron varios reconocimientos. Josef tenía aún la esperanza de que el médico uruguayo se hubiera equivocado y de que la vista de Peter tuviera aún salvación. Pero pronto se desengañó. Todos los especialistas convinieron en que muy pronto dejaría de diferenciar los objetos y que no tardaría luego en extinguírsele totalmente la visión, es decir, que quedaría

completamente ciego.

Peter recibió el diagnóstico con absoluta indiferencia, cosa que a Josef no le gustó. Si su amigo hubiera gritado, o se hubiera desesperado e incluso que hubiera llorado, su reacción hubiera tenido una explicación lógica y normal, pero aquel silencio desconcertante, aquella total indiferencia ante su desgracia, le asustaron.

—Debes saber resignarte y procurar animarte un poco. Esto no tiene remedio y ya nada puede hacerse —solía decirle—. Es muy doloroso lo que te ocurre y todos lo comprendemos. Pero no olvides que muchos perdieron más que tú. Acuérdate de los compañeros que yacen ahora en el fondo del mar y... acuérdate también de Jenny.

—¡Pobre Jenny! —exclamaba entonces Peter—. ¡Qué inútil fue tu sacrificio!

—No, Peter, no fue inútil. Te quedan aún muchas cosas en la vida, entre ellas Emmi.

—¡No quiero verla más! —dijo, cogiéndose la cabeza entre las manos.

—¡Pero ella no sabe que estás aquí! —dijo Josef—. De todas maneras, si tú no vas a verla iré yo y se lo contaré todo.

—¡No! —gritó Peter—. No, no hagas eso. Iré, te lo prometo, ya que después de todo es necesario. Ha de saber muchas cosas y quiero saturarme de su imagen ahora que aún puedo ver. Después... ya todo me será indiferente.

Días después ambos amigos llegaron a Wilhelmshaven, volviendo a recorrer idéntico camino al que siguieron unos meses antes. Viajaban en un coche, el mismo «Mercedes» que utilizaron la última vez, pero en esta ocasión Josef se hallaba sentado al volante, y Peter, a su lado, contemplaba el rápido desfilarse del paisaje, algo turbio ya.

El automóvil se detuvo frente a la mansión de los Schabruker, y Peter, dirigiéndose a su amigo, dijo:

—Tú quédate aquí, será mejor.

El alegre son del timbre de llamada resonó en toda la casa y casi en el acto la puerta se abrió de par en par. En el umbral apareció la esbelta silueta de Emmi, que, lanzando un grito de alegría, se arrojó en brazos de Peter. La muchacha, aún no repuesta de su asombro,

reía y lloraba a un tiempo, haciendo mil preguntas la mayoría de ellas incoherentes.

Entraron en la casa y se sentaron junto a la encendida chimenea de la sala. Era invierno y el frío intensísimo. Peter fijó los ojos en las llamas que devoraban los troncos apilados en el hogar, y con horror se percató de que los resplandores del fuego apenas herían su vista.

Cuando las manifestaciones de alegría de Emmi fueron disminuyendo, Peter, obligando a la muchacha a levantar la cabeza de su hombro, se puso en pie.

—¿Dónde está tu madre? —preguntó.

—En el piso de arriba. Pero déjala ahora. Quiero estar sola contigo, ya la llamaremos después.

—Emmi —dijo Peter—, me has hecho en poco tiempo tantas preguntas, que no sé cuál contestarte primero. Pero antes de nada quiero que sepas una cosa. Durante varios años he luchado desesperadamente conmigo mismo para hacerte conocer algo que tú ignoras, pero siempre me ha faltado el valor necesario. En varias ocasiones he estado tentado de alejarme de ti para siempre, atormentado por un secreto demasiado terrible para mi conciencia, pero no he podido, Emmi. Sin embargo, ahora quiero que sepas la verdad, algo que seguramente te horrorizará, pero que debes conocer, ya que a mí me sería imposible vivir a tu lado si lo ignoraras por más tiempo. Luego, júzgame como te parezca.

Emmi, entre intrigada y divertida, seguía los movimientos de Peter en sus nerviosos paseos por la sala. Por fin él se detuvo y comenzó a hablar. Su relato se extendió desde el momento en que conociera a Harold Schabruker en el crucero «Staal» hasta la muerte del padre de Emmi. Cuando concluyó, hacía ya rato que la muchacha, con la cara tapada, lloraba amargamente.

Peter se acercó a, ella e intentó cogerle una mano, pero Emmi la retiró violentamente y, levantándose, se alejó de él horrorizada.

—¿Y tú decías quererme? —exclamó con la faz descompuesta—. ¿Y tuviste valor para acercarte coa embustes y falsedades hasta conseguir que me enamorara de ti? ¡De ti... del asesino de mi padre!

Peter avanzó unos pasos.

—¡No te acerques! —gritó histéricamente la muchacha—. ¡Vete,

vete ahora mismo, sal de esta casa, donde jamás debiste entrar!

Comprendió él que la resolución de Emmi era inquebrantable y que la había perdido para siempre, pero experimentaba, en cambio, una paz y serenidad como desde hacía mucho tiempo no había sentido. Se encaminó a la puerta, tomó de encima de una silla su gorra de marino y, volviéndose hacia la muchacha, que recostada en un sillón seguía sollozando, dijo:

—Adiós, Emmi. Ya nunca más volveré a verte.

—Así lo deseo —añadió ella, al tiempo que Peter abría la puerta que daba acceso a la calle.

Emmi no pudo sospechar entonces con qué trágica exactitud se cumplirían sus deseos.

CAPÍTULO XX

JOSEF SE FUMA CUATRO CIGARRILLOS

Transcurrió algún tiempo, bastante, desde que Peter abandonara la casa de los Schabrucker, y ya nada volvió a saber de Emmi.

Josef, por su parte, restablecido de sus lesiones, fue destinado al acorazado «Yon Tirpitz», al cual se incorporó después de un largo permiso que le fue concedido a su regreso a Alemania. Ni un solo momento se separó de su amigo, al cual llevó incluso consigo cuando fue a visitar a su familia. El padre de Josef, a petición de su hijo, ofreció a Peter un empleo en las oficinas de su fábrica de sedas artificiales, cuyo desempeño hubiera podido llevar a cabo relativamente bien pese a su ceguera, que era ya por entonces casi total. Pero él lo rechazó, pues comprendió que la mano que se le tendía se movía impulsada por un sentimiento de lástima. Se disculpó diciendo que deseaba descansar una larga temporada y que la pensión que puntualmente percibía del estado le permitía vivir, si no con holgura, al menos sin estrecheces económicas.

Concluyó el permiso de Josef y se incorporó a su nuevo destino. Peter vivió durante algún tiempo en casa de los padres de su amigo, que se resistían a dejarle marchar. Pero al fin lo hizo, instalándose en una modesta pensión de Núremberg, de acuerdo con sus posibilidades.

Mientras tanto, Emmi, que ignoraba la triste, condición de Peter, se esforzaba en relegar al olvido todo cuanto con él se relacionaba, sin conseguirlo. Una y otra vez repetía mentalmente todas y cada una de las palabras que el muchacho empleara para narrarle los hechos acaecidos varios años atrás, y que costaron la vida a su

padre. Intentaba hallar una justificación al comportamiento de Peter, algo que le disculpara, o al menos, atenuara su falta y que la convenciera a la vez de que lo sucedido no fue sino fruto de la casualidad, de una horrible casualidad. Pero con ello no conseguía otra cosa que agrandar a sus ojos la culpabilidad del, causante de aquella desgracia.

Un día en que se hallaba la muchacha sentada en un banco del jardín de su casa, abstraída en sus pensamientos, se acercó a ella su madre.

—Emmi —dijo—, hace tiempo que deseaba hablar contigo. ¿Qué ocurrió en realidad entre tú y Peter?

Ella, que le había dado una explicación distinta a la auténtica, por ignorar que su madre conocía la verdad desde hacía ya mucho tiempo, contestó:

—Ya lo sabes. Peter y yo no congeniábamos. Nuestra manera de ser era muy distinta y, cuando nos dimos cuenta, de común acuerdo decidimos separarnos. Esto es todo.

—Emmi —prosiguió la señora Schabrucker—, he venido observándote detenidamente y puedo asegurar que algo te ocurre. Estás constantemente triste y abatida y te he visto llorar numerosas veces. Cuando te hablo, o no me contestas o parece que despiertes de un profundo sueño. ¿Qué te contó Peter la última vez que vino a verte?

—Nada, mamá. Ya sabes lo que ocurrió, y...

—Peter te contó algo que sucedió hace muchos años, cuando servía en el crucero «Staal» con tu padre, ¿no?

La muchacha no pudo reprimir un involuntario movimiento de sorpresa.

—No —aseguró débilmente—, nada me dijo de eso.

La señora Shabrucker se sentó junto a Emmi y le tomó las manos entre las suyas.

—Hija mía —dijo—, creo que has juzgado la falta de Peter con excesivo rigor.

—Pero, mamá, ¿tú sabes...?

—Sí, hija, lo sé. Hace mucho tiempo que lo sé. Peter mismo me lo contó todo pocos días después de que ocurriera.

—Pero ¿cómo pudo atreverse...?

—Escúchame, Emmi. Peter vino a verme y, como te he dicho,

me lo contó todo. Yo sabía que tu padre y Peter eran buenos compañeros, pese a la diferencia de edad entre ambos, y la espontánea confesión que me hizo fue suficiente para comprender que en justicia no podía culparse a Peter de una cosa que nadie provocó. Peter había bebido en exceso, en compañía de tu padre y de otros oficiales, y el estado en que se hallaba no le permitía razonar y comprender las consecuencias que su comportamiento podían tener. Tu padre, por la amistad que los unía, quiso evitarle un posible disgusto y se brindó a reemplazarle, pero en caso contrario, Peter hubiera procedido de idéntica forma. De lo demás, a nadie puede culparse, fue un caso fortuito dispuesto por la providencia, y no es justo pretender ver en Peter al responsable de ello. Por otra parte, ¿fue peor el comportamiento de Peter abusando de la bebida, o el de los demás permitiéndoselo? No, Emmi, has juzgado el caso desde un punto de vista falso.

—¡Pero, mamá! —dijo entonces la muchacha—. ¿Tú le has perdonado?

—Sí, Emmi. Le perdoné su pequeña falta enseguida. Peter ha sufrido mucho, y durante todos estos años la muerte de tu padre ha sido para él una continua obsesión. Siempre se ha creído más responsable de ella de lo que en realidad es.

—Si te lo contó a ti todo, ¿por qué me lo ocultó a mí? —preguntó Emmi.

—Porque yo le pedí que así lo hiciera —dijo la señora Schabruker, sonriendo—. Yo sabía que a ti te sería más difícil comprender, pero por lo visto no ha podido ocultártelo por más tiempo. Es una prueba más de su nobleza y sincero arrepentimiento.

—¿Qué consecuencias tuvo para él desde el punto de vista de su carrera? —preguntó la muchacha.

—Se le formó consejo de guerra, pues, pese a que sus compañeros callaron, él lo puso en conocimiento del capitán del «Staal». Sin embargo, yo conseguí que se sobreyera el procedimiento y se le reintegrara a su puesto. Tu padre así lo hubiera deseado.

Emmi se arrojó llorando en brazos de su madre.

—¡He sido una estúpida! —dijo entre sollozos—. Ahora lo comprendo todo, ahora que lo he perdido para siempre.

—No, Emmi, no lo has perdido —negó la señora Schabruker—.

Peter te quiere mucho, y si vas en su busca acabaréis reconciliándoos.

Así lo hizo la muchacha. Durante mucho tiempo lo buscó inútilmente por toda Alemania. Visitó a sus antiguos compañeros, pero ninguno supo darle razón de Peter, nadie sabía dónde estaba. Habló con los padres de Josef, pues éste se hallaba ausente, y tampoco pudieron orientarla. En los organismos oficiales de los cuales percibía Peter mensualmente su pensión, le dijeron que ésta la remitían al teniente Josef Beling, por haberlo dispuesto así el interesado, y que aquél se la entregaba. De este modo transcurrió otro año sin que por ello disminuyeran las esperanzas de Emmi.

Un día en que la muchacha paseaba por la Under der Linder en compañía de una amiga, se cruzó en su camino un grupo de oficiales de Marina en quien posó distraídamente un momento los ojos. Se detuvo de repente, pues acababa de reconocer a Josef. El muchacho iba charlando animadamente con sus compañeros y no reparó en ella. Emmi corrió a su encuentro, cogiéndole de un brazo. Josef se volvió rápidamente y se quedó contemplándola con fría expresión.

—¡Hola, Emmi! —dijo—. ¡Qué sorpresa!

—Josef —exclamó, suplicante, ella—. ¿Dónde está Peter? Necesito saberlo.

—¡Me sorprendes, Emmi! —aseguró él con cínica sonrisa—. ¿Qué deseas saber de Peter?

—Quiero pedirle que me perdone por mi proceder insensato —dijo—. ¡Nunca pensé poder ser tan injusta con él!

—Y esto, Emmi, ¿no pudiste comprenderlo antes? —preguntó Josef—. ¿No crees que es ya un poco tarde?

—¡No, Josef, no es tarde aún, no puede serlo! Quiero a Peter más que nunca y estoy segura que él también me quiere y sabrá perdonarme. Cuando supe la verdad, no alcancé a reaccionar de otro modo, pero desde entonces he tenido tiempo de reflexionar despacio y...

—Oye, Emmi —dijo Josef, suavizando el tono de sus palabras—. Nadie puede culparte y yo tampoco. Era difícil adivinar que una cosa así pudiera haber sucedido alguna vez, y tu reacción fue, en parte, natural y lógica. Por este lado no hay impedimento alguno a que vuelvas junto a Peter, pues él no ha tenido jamás en cuenta tu

proceder. Pero hay algo más, Peter no es ya el mismo de antes.

—Esto no importa. Yo conseguiré que vuelva a ser el que tú y yo conocimos.

—Está ciego, Emmi.

—Tampoco esto importa. Estoy convencida que comprenderá que yo...

—No, Emmi —la interrumpió Josef, con una amarga sonrisa—. No me refiero a esa clase de ceguera, sino a otra muy distinta. Peter está ciego en el sentido más literal de la palabra, no puede ver, ¿comprendes?

Una terrible convulsión recorrió el cuerpo de la muchacha. Como si no acertara a comprender lo que Josef quería darle a entender, fue elevando lentamente una mano hasta posarla junto a su mejilla derecha. Sus ojos extraviados miraban sin ver.

—¿Ciego? —murmuró.

—Siento haber tenido que causarte este dolor —dijo Josef, asiendo a Emmi por un brazo, pues temía que de un momento a otro se desplomara a tierra—. Un pedazo de metralla inglesa se le incrustó en la cabeza, junto a la sien, interesándole los nervios ópticos. Cuando fue a verte aún veía algo, poco, pero no le era posible distinguir los objetos y algunos de sus detalles. Me dijo que quería grabarte en su imaginación antes de que...

Emmi, mujer al fin, no supo reaccionar ante su dolor más que con las eternas lágrimas femeninas, si bien en este caso justificadas en parte, y entre sollozos ocultó su rostro contra el pecho de Josef, que asustado, no sabía qué partido tomar.

* * *

Peter se había instalado, de acuerdo con sus posibilidades, en una modesta pensión de Núremberg. Excepto a Josef, a nadie había dado cuenta de su residencia. No se daba por vencido y esperaba poder acomodar su vida a las nuevas condiciones que el destino le había deparado, pero en tanto no se acostumbraba un poco a aquélla su nueva existencia, prefería mantenerse alejado de todo cuanto con su pasado tenía relación.

Su primera intención fue procurar echar en olvido lo que

quedaba atrás, y acostumbrarse a la idea de que empezaba para él una nueva vida, a la cual debía adaptarse hasta poder desenvolverse con relativa facilidad. Pero si bien lentamente iba consiguiendo lo último, no le fue posible, por el contrario, borrar los recuerdos de su existencia anterior. En sus largos paseos por los alrededores de Núremberg, que conocía ya de memoria, y durante las noches que permanecía largas horas despierto, se citaban en mi imaginación una larga serie de imágenes conocidas, que daban vida a episodios pasados, en los que él había representado un papel principal. Al principio, dichos recuerdos le molestaban y procuraba alejarlos, pero pronto se dio cuenta de que su evocación era la única fuente de donde brotaban los momentos más agradables de aquel mundo interior en que estaba encerrado. Innumerables veces volvió a revivir la odisea del «Graft-Spee» desde que abandonara las tierras de su patria, hasta que desapareció tragado por el oleaje del Atlántico, pasando por todas y cada una de las vicisitudes por las que tuvo que pasar en su largo recorrido. Ocupaban un lugar preferente en sus evocaciones Josef y los demás compañeros del acorazado corsario, su comandante, el infortunado capitán de navío Hans Langdoff, y Emmi, a la que no le era posible olvidar un solo instante, dejando también un lugar preferente para Jenny, la bella muchacha que quiso sacrificar su vida para salvar la de Peter.

Un día en que se hallaban paseando por un pequeño jardín que la pensión donde se hospedaba poseía en su parte posterior, le fue comunicado que un teniente de la Marina deseaba verle. Supuso enseguida de quién se trataba, y, con gran alegría, ordenó que hicieran pasar al visitante hasta donde él se encontraba.

Poco después Josef abrazaba a su amigo y éste difícilmente podía contener la emoción. Tomaron asiento en un banco de madera, mientras que, unos pasos más atrás, Emmi contemplaba a Peter a través de las lágrimas que cubrían sus ojos.

—¡Cuánto me alegro de volverte a ver! —dijo Josef a su amigo—. Tienes que contarme muchas cosas. ¿Cómo distribuyes el tiempo? ¿En qué lo empleas?

Peter le hizo un rápido resumen de sus actividades, detallándole la manera cómo, poco a poco, iba acostumbrándose a su nueva vida.

—¿Y tú? ¿Cómo te prueba tu actual destino?

—Muy bien, Peter. ¡Ah, el «Tirpitz»! ¡Qué barco! Si Langdoff lo hubiera tenido en lugar del «Graft-Spee», se hubiera podido reír de la fuerza «K» y de toda la división de Sudamérica. —Luego, cambiando el tono de su voz, preguntó—: ¿No crees, Peter, que aquí vives muy solo? ¿Por qué te empeñas en alejarte del mundo en que siempre has vivido y de todos cuantos te aprecian?

—Es mejor así —dijo Peter—. En ese mundo a que te refieres no hay ya sitio para mí. No soy más que un pobre inútil, un estorbo...

—Te equivocas, Peter —negó su amigo—. Sólo serás un estorbo en la medida que tú quieras serlo. Es un error el creer que una simple lesión física, por molesta que sea, puede poner punto final a toda una vida. Has dejado tras de ti muchas cosas y no necesitas vivir el resto de tu existencia sólo de recuerdos, tienes aún cosas reales al alcance de la mano.

—No, Josef. Es mejor dejar las cosas como están. Me voy acostumbrando a la idea de que todo ha sido una pesadilla y que la única realidad es ésta. Es cierto que no puedo evitar en muchas ocasiones recordar lo pasado, principalmente alguno de sus aspectos, y no me desagrada revivirlo, pero aún no sé si es más feliz el que logra salvar algún recuerdo o el que los pierde todos.

Emmi había ido siguiendo la conversación de los dos hombres con la respiración contenida y una gran angustia reflejada en su rostro. Josef se levantó, y poniendo una mano en un hombro de su amigo, dijo:

—Ahora que recuerdo: he de pagar el taxi, que aún debe estar esperando en la puerta. Enseguida vuelvo. —Con paso rápido, se alejó.

Peter quedó solo, o al menos así lo creía él. Se recostó en el banco en espera del regreso de Josef y, sin grandes dificultades, encendió un cigarrillo. Al poco rato le pareció oír pasos, muy tenues y apagados, sobre la gravilla del jardín.

—¿Eres tú, Josef? —preguntó.

Nadie contestó. Ahora estaba seguro de haber percibido claramente unos pasos lentos muy cerca de él. No había duda de que alguien se acercaba, y Peter, con la cabeza vuelta hacia el lado de donde el ruido procedía, intentaba en vano penetrar en la obscuridad que le rodeaba y comprobar quién era.

—¿Has vuelto ya, Josef? —volvió a preguntar. Pero tampoco

esta vez recibió contestación.

Con un sexto sentido notó la proximidad de un cuerpo y, poco después, el contacto de una mano suave sobre las suyas. Se agitó como sacudido por una descarga eléctrica e intentó levantarse, pero no pudo. Dos brazos se habían ceñido en torno a su cuello y, casi al mismo tiempo, sintió la dulce presión de unos labios sobre los suyos. Después, una voz que le era muy querida, sonó junto a su oído como un susurro:

—Peter, perdóname.

—¡Emmi! —pudo aún musitar, antes de rodear el talle de la muchacha.

Josef concluyó el cuarto cigarrillo y, apagándolo contra un cenicero, se dispuso a regresar junto a Peter. María, la dueña de la pensión, salió a su encuentro.

—¿Pasará usted la noche aquí? —preguntó.

Antes de contestar, Josef dio unos pasos, deteniéndose ante un amplio ventanal desde el que se dominaba todo el jardín. Luego, con una amplia sonrisa en sus labios, fue volviéndose lentamente.

—No, María —dijo—. Además, siento comunicarle que ha perdido usted un buen cliente. Ayúdeme a hacer las maletas del señor Albrecht, pues nos iremos todos hoy mismo.

Y echó a andar camino de la habitación de Peter.

FIN

¡Una colección única!
MANUALES CISNE

Temas para todos los gustos. Tenga siempre a mano esta simpática colección que le ayudará a resolver infinidad de problemas.

"Cuentas ajustadas, cambios de monedas, cubicación, centenares de modelos de cartas para todos los gustos y necesidades, tratamientos, instancias, recetas de cocina, cría de aves, refraneros, crucigramas, jergolíficos y pasatiempos, ajedrez, atletismo, juegos de cartas españoles y extranjeros, juegos de manos, etc., etc."

**VOLUMENES PULCRAMENTE PRESENTADOS
EN TAMAÑO COMODO Y MANEJABLE**

CADA ejemplar, 4 PESETAS
Venta en quioscos y librerías

**EDITORIAL
CISNE**

Exclusivas
GERPLÁ
Unión, 21 - Barcelona

Notas

[1] Rigurosamente histórico. < <